

Nunca
TE DEJÉ
DE AMAR



Aitor Ferrer

Nunca
TE DEJÉ
DE AMAR

Aitor Ferrer

Primera edición.

Nunca te dejé de amar.

©Aitor Ferrer

©Marzo, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Siempre se ha dicho que el primer amor nunca se olvida, pero, ¿cuál es el primer amor de una persona?

Tal vez, ¿el que se vive cuando sé es adolescente? Ese que llega a la tierna edad de quince años y te hace sentir que estarás siempre con la misma persona.

O, por el contrario, ¿el primer amor puede ser el que aparece sin esperarlo y tras algunas relaciones?

Ese amor del que nunca puedes olvidarte, por muchos años que pasen, puede llegar a los diez, a los quince, los treinta o incluso a los cincuenta años.

¿Acaso ese primer y verdadero amor debe tener una edad concreta? Creo que no, pues, a mí, ese amor del que aún tengo el mejor de los recuerdos, ese que nunca podría olvidar, llegó a mí vida cuando tenía veinticinco años.

Y es que, como bien es sabido, el amor llega de la manera en que llega y cuando deber hacerlo.

No tiene edad, no tiene un tiempo concreto para llamar a nuestra puerta, pero cuando lo hace, se ha de aprovechar hasta el último minuto de ese amor que nos rodea.

Aquel verano, hacía ya cinco años, con la carrera de profesora recién terminada, volvía esa noche a casa después de celebrarlo con mis compañeros y compañeras de universidad.

Quiso la mala suerte, o tal vez el caprichoso destino, o el que debía poner más alquitrán en la carretera el día que la hicieron, que pisara en el único agujero que había cuando cruzaba y me torciera un tobillo.

Es que parece que los tacones tengan imán con esas cosas, de verdad.

El caso es que, según caía mientras parecía que hiciera malabares, pues tenía los brazos extendidos, y que a mí me daba la impresión de hacerlo a cámara lenta, pensaba en el topetazo que me iba a dar y el dolor de posaderas con el que acabaría.

No, no aterricé en el suelo de manera milagrosa, o, más bien, gracias a ese caballero andante de brillante armadura que me sujetó para que no acabara sentada en la carretera.

—*¿Estás bien?* —nunca olvidaría esa voz con la que me preguntó.

Pero, cuando me giré, supe que esos ojos verdes serían mi tormento a la hora de dormir por las noches.

—*No me duele el culo, pero el tobillo me palpita que da gusto* —contesté, algo contentilla por las copas que había tomado, él sonrió y me ayudó a ponerme en pie.

Me llevó hasta un banco donde nos sentamos y, tras pedirme permiso, cogió mi pierna con una delicadeza increíble y empezó a revisarme el tobillo.

Di un leve respingo al notar un pinchazo, pero sus palabras me calmaron, o al menos, después de saber por qué las dijo.

—*No está roto, y tampoco hay esguince, mañana lo notarás un poco molesto, pero pasado*

estará como nuevo.

—*¿Qué eres, médico?*

—*Sí* —sonrió, y yo deseé que la tierra me tragara—. *Vas contentilla, ¿eh?*

—*Celebraba el fin de mi carrera* —levanté las manos.

—*Ah, pues felicidades, pero, caerte al suelo, ¿entraba en la celebración?*

—*No* —reí—, *eso ha sido culpa de la carretera, tiene un agujero en todo el centro.*

—*Cierto, la carretera* —rio negando.

—*Me llamo Jaca, muchas gracias por evitar que diera con el culo en el suelo* —le tendí la mano.

—*Ismael, ha sido un placer* —cogió mi mano para estrecharla y, ese simple contacto, hizo que cientos, no, miles... ¡Va! Decenas de miles de mariposas revolotearan en mi estómago.

Aquella fue la primera vez que nos vimos, y supe que no sería la única, incluso antes de que nos diéramos los teléfonos tras un par de horas charlando y tomando una copa.

Como dijo, Ismael era médico y acababa de salir de trabajar, había estado de guardia y me comentó que se dirigía a tomar una cerveza, solo, para desconectar del que, probablemente, fue el peor día de trabajo de su vida.

Ni él me contó el motivo, ni yo pregunté, tan solo estuve haciéndole compañía mientras bebía, pues es sabido que beber solo puede llegar a ser peligroso.

Vale, con amigos también, y más si estás celebrando algo, pero bueno, me había ayudado y quise invitarle a una cerveza.

Al día siguiente me llamó para interesarse por mi tobillo, le dije que tan solo tenía una ligera molestia y que, gracias a la pomada que me había aconsejado lo soportaba bastante.

Me preguntó si le aceptaría una invitación para comer un par de días después, acepté encantada pues quería seguir viendo y conociendo, a ese médico de ojos verdes y diez años mayor que yo.

Por aquel entonces vivía con mi madre, Rosa, que quedó viuda unos años antes y era el principal pilar en mi vida, como yo lo era en la suya.

Le hablé de Ismael, le dije que había sentido algo aquella noche y se alegró, tan solo me dijo que fuera con cuidado, que no quería que me hicieran daño.

Llegó el día de volver a verlo y me llevó a comer al pueblo de al lado, a un restaurante precioso donde las horas fueron pasando mientras hablábamos de todo en general, y de nada en particular.

Le conté que, tras acabar la carrera estaba, opositando, quería conseguir una plaza en alguno de los colegios de la ciudad y que me moría por empezar a trabajar con niños, ya que eran una de mis debilidades.

Ismael me dijo que había seguido los pasos de su familia, había muchos médicos y cirujanos desde hacía generaciones, así que la medicina era algo que llevaba en la sangre, según confesó, formaba parte de su ADN.

Los días fueron pasando, los mensajes y las llamadas se sucedían unos tras otros, volvimos a vernos en varias ocasiones y, en una de ellas, nos besamos.

¿Cómo fue ese primer beso? Mejor de lo que esperaba. Fue delicado, tierno, pero, a la vez, con ese punto de picardía que ya sabía que tenía Ismael, mordisqueaba y me pasaba el pulgar mientras me miraba a los ojos y yo... Yo quería que ocurriera algo más.

¿Ocurrió? Sí, claro que ocurrió.

Acabamos en un pequeño apartamento dejándonos llevar por el deseo y esas ganas que nos teníamos, nos amamos bajo las sábanas durante toda la noche, y por la mañana tuvimos que

separarnos.

Nos vimos durante aquel verano, siempre en el pueblo de al lado donde vivía, en aquel apartamento que me dijo era de un amigo suyo que estaba de vacaciones y se lo estaba cuidando.

Las horas a su lado pasaban volando, cada día me sentía más a gusto y me enamoraba un poco más de Ismael, mi querido Ismael.

Y, como en todo, el amor da sus frutos, y el nuestro llegaría en unos meses. La tarde que iba a contarle que seríamos padres, la felicidad me embargaba, pero como se suele decir, lo bueno dura poco.

La cara de Ismael cuando nos encontramos era de funeral total. Y no era para menos, pues así me sentí cuando acabamos de hablar y me confesó lo que menos me habría imaginado.

Estaba casado y su esposa esperaba un hijo.

Sentí que el mundo caía sobre mí, que se derrumbaba ese castillo que, poco a poco, había empezado a construir entorno a Ismael, mi querido Ismael, que no era mío, pero sí querido. O, mejor dicho, la querida fui yo.

Una amante, eso es lo que había sido para ese hombre durante el verano, la otra, una mujer con la que saciar sus ganas en la cama.

¿Qué había de cierto en esas miradas, o en sus caricias?

¿No habían sido más que falsas esperanzas para una muchacha de veinticinco años con la que había jugado?

Casado... El hombre del que me fui enamorando, poco a poco, día tras día, estaba casado.

Ya tenía una familia, iba a ser padre y yo no era nada para él, no pintaba nada en su vida.

Lloré, rota por el dolor mientras él, no me dedicaba ni una mirada. Guardé mi secreto, ese que iría conmigo a la tumba cuando el Señor me reclamara a su lado.

Aquel día, la felicidad de saber que llevaba en mi vientre el fruto de un amor tan grande, quedó relegada por el dolor, la pena y el sabor amargo de la desdicha.

Ni siquiera dejé que me llevara a mi casa, lo dejé en el bar donde me había llevado y cogí un taxi para volver a la ciudad.

En ese instante comprendí el motivo de vernos siempre en el pueblo de al lado, y no, no era porque tuviera que cuidar del apartamento de su amigo. Qué, a saber, si aquello era cierto.

Tal vez era suyo, un picadero al que llevar a las pobres tontas e incautas como yo, y que cayeran ante su galantería, esa mirada y el sabor de sus besos.

Caminé durante un rato por el parque, me senté en un columpio como si fuera una niña pequeña, llorando mientras con una mano me acariciaba el vientre, prometiéndole a mi pequeño angelito que, aunque estuviéramos solos, jamás le faltaría nada y, mucho menos, mi amor, ese que ya sentía desde el momento en que supe que estaba dentro de mí.

Llegué a casa y, mi madre, al verme, me abrazó sabiendo que algo había ido mal.

Antes de ir a hablar con Ismael, le conté a mi madre la noticia, me abrazó feliz de saber que iba a ser abuela y cuando vio el dolor en mis ojos, así como fue obvio para ella que había llorado, preguntó si es que él no quería saber nada del bebé.

Le dije lo que había confesado Ismael y hasta ella lloró de dolor. Volvíamos a ser ella y yo, solas, y ahora llegaría mi angelito, ese que nos colmaría a ambas de felicidad y amor.

Y así fue, mi madre nos ayudó a mi niña, a quien llamé Alba, y a mí a salir adelante.

Cuando mi pequeña nació cogí plaza en un colegio, un año después y con el dinero que había ido ahorrando, di la entrada para un pisito donde viviría con mi hija, aunque siempre tendría a mi madre y su casa, para lo que necesitara.

Alba tenía dos años cuando nos instalamos definitivamente en nuestra propia casa, donde mi madre venía siempre que quería estar con sus niñas, como nos llamaba a mi hija y a mí.

Durante aquellos años no supe nada del que fue mi primer amor, ese que bien sabía que jamás iba a olvidar.

El día que me marché, llorando tras su confesión, borré su número del móvil, pues bien sabía que él, no me llamaría nunca, así que al menos evitaba buscar su nombre en mis contactos, ese nombre que tenía grabado a fuego en el corazón, ese que algunas noches me había hecho llorar al recordarlo.

A pesar del dolor, de la rabia y de saber que me había tenido engañada durante tanto tiempo, yo seguía recordando a Ismael con cariño, con el mismo con el que me entregué a él, le di todo de mí sin pedir nada a cambio, le amé como jamás amaría a nadie, y le quise por encima de todo.

El tiempo pasaba, mi hija crecía y mi amor por ella también, pero no olvidaba, no podía olvidar al hombre del que me enamoré y con el que me sentí la mujer más especial del mundo.

Y es que, es verdad que el primer amor nunca se olvida, que no tiene edad ni tiempo para aparecer, pues lo hace sin esperarlo, en el momento en que debe hacerlo.

Fue Ismael, y sabía que no habría nadie más, el hombre al que más amé a pesar del poco el tiempo que estuvimos juntos. No me arrepiento de haberlo hecho, pues de ese bonito amor, nació lo más importante y valioso que tengo en la vida. Mi pequeño angelito, mi hija Alba.

Capítulo 1



—¡Mami! —gritó mi hija, nada más salir de la habitación.
—Buenos días, cariño.
—¿Sabes qué día es hoy?
—Hum, pues... no, la verdad —mentí y ella me miró abriendo los ojos y la boca, mientras se llevaba una mano al pecho. A veces mi hija era un pelín dramática.
—¡Mamá! Pero, ¿cómo puedes no saberlo?
—A ver, es viernes, eso sí lo sé.
—Sí.
—Veamos... —Empecé a darme golpecitos con el dedo en la barbilla mientras pensaba y ella resoplaba una y otra vez.
—¡Es mi cumpleaños!
—¡Es verdad! —Chasquéé los dedos y la señalé— Tres años ya, qué mayor...
—¡Cuatro! Mamá, cumplo cuatro años —dijo con una cara de pena.
—Ya lo sé, mi pequeño angelito crece muy rápido. Ven aquí, anda, dame un abrazo.
Mi hija sonrió, vino corriendo para abrazarme y me la comí a besos.
Cuatro años habían pasado desde que entré con contracciones, y creyendo que me moría, en la sala de urgencias del hospital.
Recordaría ese día el resto de mi vida...
Mientras yo gritaba y le decía a mi madre que aquellos dolores no debían ser normales, ella reía tratando de tranquilizarme, pero para mí fue como si me estuvieran partiendo en dos.
—*Ahora sé por lo que pasó la vampira de Crepúsculo!* —grité, haciendo que tanto las enfermeras como el médico que me atendían, se rieran a carcajadas.
Por cierto, antes dije que mi hija era un pelín dramática, ¿verdad? Bueno, como se suele decir, de tal palo...
En fin, Alba llegó aquella tarde a nuestras vidas para llenarlas de alegrías, pero también de recuerdos.
No es que yo fuera a olvidarme de su padre, no, eso no sería posible, le recordaba con mucho cariño, pero es que mi niña tenía los ojos verdes como Ismael.
Sí, esos ojos que por las noches volvían a mi mente.
—Te quiero mucho, cariño. Y creces muy rápido, que lo sepas —le dije dándole un golpecito en la nariz.
—Tengo que crecer, mamá, no me voy a quedar siempre pequeña.
—Y, ¿por qué no? Podrías haber sido un bebé siempre, así te acunaría en mis brazos y te cantarían nanas para dormirte.
—Pero, mamá, si fuera un bebé, no podrías hablar conmigo. Bueno, sí, pero yo no te contestaría.

—Pero qué lista eres, cariño.

—Te acuerdas que vamos a merendar al burger con mis amigos de clase, ¿verdad?

—Claro, no te preocupes que no te quedas sin celebrar tu cumpleaños, cariño.

Le puse el desayuno, era viernes y, por tanto, último día de colegio esa semana.

Afortunadamente tanto Alba como yo, estábamos en el mismo colegio, ella como alumna de preescolar, y yo dando clases a tercero de primaria.

Me había venido bien tener la plaza en aquel colegio, ya que, cuando tuve que inscribir a mi niña, me lo pusieron todo muy fácil.

Además, teníamos el mismo horario, por lo que no debía estar yendo de un colegio a otro para dejarla y recogerla.

Mi madre nos mimaba mucho a las dos, siempre que podía se pasaba por el colegio a la hora del recreo para vernos, aunque en ocasiones decidíamos ir nosotras a su casa a comer.

—Mamá, vamos a vestirnos o llegaremos tarde.

—Sí, ya voy, mi vida —me había quedado en Babia, mirando por la ventana mientras tomaba el café.

Tras vestirnos y salir de casa, fuimos en coche hasta el cole, mientras mi niña me iba contando que esa mañana les tocaba cantar una canción nueva.

Y es que su profesora tenía esa costumbre, hacer que cantaran una canción nueva cada viernes.

En cuanto aparcamos en mi plaza y la vieron sus amiguitos de clase, vinieron corriendo hasta nosotras para felicitarla. Alba, reía nerviosa y les daba las gracias mientras recibía abrazos.

—Venga niños, a clase o llegaréis tarde —les dije, ellos me dieron los buenos días y corrieron para ir al encuentro de su profesora.

—Mamá, ¿vendrás a la hora del recreo con galletas, como dijiste?

—Sí, cariño, le pedí a la abuela que las trajera, así que allí estaremos. Y con zumos para todos.

—¡Bien! Te quiero, mamá.

—Y yo, mi vida —la abracé con fuerza, besé su cabecita y la vi correr hasta Paula, su profesora, que la recibió con un, “feliz cumpleaños” bien alto.

Reí y entré en el colegio para ir a la sala de profesores donde algunos de ellos tomaban un café antes de empezar a trabajar, como era el caso de Cloe, mi buena amiga y compañera Cloe, profesora de inglés y treinta y dos años de alegría, felicidad y una sonrisa de lo más contagiosa.

—Buenos días y, felicidades —me dijo ella, dándome un abrazo.

—Buenos días. La que cumple años es mi hija, no yo.

—Da igual, ¿no puedo felicitarte a ti también?

—Claro, si te hace ilusión...

—Por supuesto que sí. Y esta tarde me tienes a mí en el burger para ayudaros a tu madre y a ti con las fierecillas.

—Hija, qué manía con llamar así a los niños.

—Querida Jaca... cuando se trata de un cumpleaños, dejan de ser niños buenos y educados y se convierten en fierecillas, y no te quiero contar si se celebra en un local público. Me han contado historias que... —

—Exagerada.

—Oye, que igual esta tarde se portan como angelitos, pero por norma, son unos diablillos.

—Pues, como vas a venir, ya lo verás por ti misma.

—Buenos días —ambas nos giramos al escuchar a Matías, el profesor de gimnasia.

—Buenos días, Matías —contestamos al unísono, parecíamos dos alumnas.

Matías era atractivo y, al ser profesor de gimnasia, pues se cuidaba mucho y tenía buen cuerpo, pero no era un creído, como había muchos por ahí por el mundo que se les sale el ego al saberse atractivos y admirados por las mujeres, y por algunos hombres también.

Cogí mis cosas y fui para la clase, donde ya estaban mis alumnos sentados y esperándome.

—Buenos días, chicos. ¿Preparados para la clase de hoy?

—¡Sí, profe! —corearon todos.

Y empecé con ellos, para ir cambiando al resto de clases.

Tal y como le pedí, mi madre vino con galletas y zumos a la hora del recreo y allí celebramos la primera ronda del cumpleaños de mi niña.

No todos iban a ir esa tarde a merendar, puesto que, aunque se llevaba bien con sus compañeros, mi hija tenía más afinidad con tres niños y dos niñas, por lo que serían esos quienes irían por la tarde a merendar con nosotras.

Le cantaron el “cumpleaños feliz” y mi madre repartió caramelos para todos, una bolsita surtida para cada niño.

La mañana fue pasando y cuando llegó la hora de salir, Cloe se vino directamente a casa con nosotras. Mi hija le tenía mucho cariño y alguna que otra palabra en inglés le iba enseñando mi amiga.

Decía que, a los niños, si se les enseñaban las cosas desde pequeños, mejor, pues eran como esponjas y aprendían más rápido.

Preparamos una tortilla para las tres, comimos entre risas mientras Cloe, le cantaba el “cumpleaños feliz” en inglés y ella repetía lo que podía.

Alba se fue a dormir un rato la siesta mientras nosotras recogíamos y tomábamos café, esperando que llegara mi madre.

—¿Sabes? No me cansaré nunca de decirte lo valiente que fuiste, y eres, sacando adelante a la niña tú sola, y con tu madre, claro.

—No había elección —me encogí de hombros.

—Lo sé, y por eso te admiro. ¿Nunca has tenido la curiosidad de buscarlo y saber algo de él?

—No, me marché sin contarle nada y sin querer hablar con él, nunca más. Aunque, como te dije, no puedo olvidarme de la persona a la que tanto quise.

—Y aún le quieres —no lo preguntó, simplemente afirmó, constatando un hecho más que evidente.

Sí, aún lo quería, ¿cómo no hacerlo si me había dado lo mejor que tenía en la vida?

Mi madre llegó con la tarta poco después, así que, mientras ellas cogían los regalos que le daríamos a mi hija, yo la desperté y vestí para ir a celebrar su cuarto cumpleaños.

Cuando llegamos al burger estaban esperándonos las mamás y papás de sus compañeros. En cuanto felicitaron a Alba, los padres se fueron, acordando en que vendrían a recoger a sus hijos un par de horas más tarde.

Y allí nos quedamos las tres al cargo de esos seis pequeños que, ante la sorpresa de mi amiga Cloe, se portaron la mar de bien.

Comieron, rieron, jugaron y cuando Alba sopló las velas y tomaron la tarta, volvieron al recinto de juegos a disfrutar como niños, y nunca mejor dicho.

—Oye, pues no han hecho ninguna trastada —dijo Cloe, mientras se comía otro trozo de tarta.

—Ya te dije que no todos los niños se vuelven unas fierecillas en los cumpleaños.

—Pues me alegro, porque en la otra sala, cuando fui al baño, estaban celebrando uno y he visto más kétchup en las paredes, que en las hamburguesas. Verás para limpiar eso... —Vólteó los ojos

y mi madre y yo, soltamos una carcajada.

La verdad es que había tenido mucha suerte con mi hija, era de lo más buena y obediente y, además, conformista, si le decía que tenía que esperar unos días para poder comprarle algo, no le importaba.

Poco a poco, fueron llegando los padres para recoger a sus hijos, pero la mamá de Noelia, me llamó diciendo que había tenido que llevar a urgencias a su hijo pequeño porque tenía fiebre muy alta, así que me pidió que la llevara conmigo a casa y después mandaría al padre a recogerla.

No había problema, ya que Noelia, se había venido en más de una ocasión a pasar la tarde con Alba. Sin duda esa niña era la mejor amiga de mi hija.

—Mamá, ¿ha quedado tarta? —preguntó antes de que subiéramos al coche.

—Sí, había pensado dársela a Noelia, para que se la coman sus papás.

—Eso iba a decirte, gracias mamá.

Nos despedimos de Cloe y de mi madre y me llevé a las niñas a casa. En el camino fueron cantando la nueva canción, que hasta yo me animé a cantarla con ellas, y de ese modo se nos hizo el camino más ameno.

Al llegar a casa, las niñas fueron a la habitación de Alba a dejar los regalos, no le habían faltado ni juguetes, ni ropa, y, además, algunas cosas que le irían bien para el colegio.

Le mandé un mensaje a la madre de Noelia, para saber cómo estaba el pequeño, me contestó que ya le habían atendido y volvían para casa, que en media hora estaría aquí su marido para recoger a la niña, y así se lo hice saber mi hija y su amiga.

Las ayudé a colocar las cosas y cuando acabamos llamaron al telefonillo, abrí y esperé en la puerta a que llegara el padre de la niña.

—Gracias por cuidarla —dijo cuando entró al piso.

—No hay de qué, de verdad, bien sabes que esas dos son inseparables.

—Es cierto.

—¿Cómo está el niño?

—Bien, por lo que han dicho es solo un resfriado, pero mi mujer se ha asustado.

—Y con razón, cuando les da fiebre siendo tan pequeños, te asustas mucho, aunque sea el segundo hijo.

Fuimos a la habitación y cuando Noelia vio a su padre, se lanzó a sus brazos sonriente.

Miré a mi hija y, aunque tenía esa bonita sonrisa en los labios, no le llegaba a los ojos.

Nos despedimos de ellos y, mientras la bañaba, le pregunté qué le pasaba.

—¿Por qué yo no tengo un papá como el de Noelia, mamá? —era la primera vez que me hablaba de su padre y me quedé en shock al escucharla.

—¿A qué te refieres, mi vida?

—Pues, a que no me recoge si me quedo en su casa. No juega conmigo. No sé, lo que hace el papá de Noelia.

—Cariño, algún día te hablaré de tu papá, pero no ahora. Cuando seas más mayor, ¿de acuerdo?

—¿De verdad?

—Sí. Pero, dime una cosa, ¿por qué preguntas hoy por tu papá?

—Porque en los cumpleaños de mis amigos, siempre están su papá y su mamá, y yo solo te tengo a ti.

Se me partió el corazón al escucharla, sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y traté de que no salieran.

La saqué de la bañera, la envolví en la toalla y tras secarla y ponerle el pijama, la metí en la

cama.

—Alba, siempre, pase lo que pase, siempre me tendrás a mí. Lo sabes, ¿verdad? —dije, besándole la frente.

—Sí. Buenas noches, mamá. Te quiero.

—Y yo más, mi vida, mucho más.

Salí de la habitación y las lágrimas que había evitado derramar, corrieron solas por mis mejillas.

¿Qué habría pasado si le hubiera contado a Ismael que yo también estaba embarazada?

Esa era una pregunta para la que nunca tendría respuesta.

Capítulo 2



Sábado por la mañana y era raro que la pequeña no me hubiera despertado a saltos sobre la cama y pidiendo su tostada.

—Alba, cariño —la toqué y estaba ardiendo en fiebre.

Ni me contestó, se giró para seguir durmiendo.

Fui corriendo a vestirme y la vestí a ella que ni siquiera podía abrir los ojos. La cogí en brazos y bajé con ella hasta el coche donde la senté en su sillita y le puse el cinturón.

—Mamá, me encuentro mal.

—Lo sé, cariño, ya mismo te vas a poner bien, vamos a ir al hospital.

—Vale.

Llegamos al aparcamiento del hospital y la cogí en brazos, un celador al verme nos ofreció una sillita.

La llevó hasta la zona donde nos atenderían después de haber hecho el registro de entrada, no tardaron en llamarnos, tuvimos mucha suerte.

Una enfermera nos dijo que podíamos pasar, cogí a mi niña en brazos y entré en la consulta del médico de guardia.

No se me cayó la niña al suelo porque Dios no quiso.

—Jaca —dijo Ismael, levantándose y asombrado.

—Hola, Ismael —murmuré temblorosa.

—¿Quién es? —Le tocó la frente—. Está ardiendo.

—Mi hija, amaneció así.

—Ponla aquí —señaló la camilla—. No te imaginaba con una hija —murmuró sonriendo.

—Ya...

La enfermera le tomó la temperatura y la tenía demasiado alta.

Me comentó que tenía placas en la garganta y le recetó los medicamentos.

—Si no le importa a tu pareja, mañana me paso por tu casa a ver cómo sigue la niña.

—Tranquilo, vivimos solas, pero no es necesario.

—Claro que lo es, es tu hija y aunque no lo creas, te tengo mucho cariño.

—¿Mamá tienes pareja? —murmuró mi niña casi sin fuerzas, y quise que la tierra me tragara.

—Venga, nos tenemos que ir, hija —la cogí en brazos.

—Anotaré tus datos de la base y, ¿qué te parece si me paso por tu casa mañana a las diez, el tiempo de ir a la mía para cambiarme? Estoy de guardia.

—Está bien —dije, casi sin mirarlo.

¿A mi casa? Y la niña soltando eso, madre mía, salí de allí como alma que lleva el diablo.

Metí a la pequeña en su sillita, le abroché el cinturón y cuando arranqué el coche, solté todo el aire, era con la última persona que pensé encontrarme y ahora decía de venir a mi casa. No por

Dios, esto no me podía estar pasando a mí.

Cuando llegué a la puerta de mi casa ya estaba mi madre allí con todo para hacerle caldo de pollo y verdura a la niña.

—Hija, ¿qué te dijo el médico?

—Son placas, tiene amigdalitis y el doctor era Ismael —le hice un gesto con los ojos y mi madre se puso las manos en la boca.

—Ay Dios...

—Mañana pasará por aquí para ver cómo sigue la pequeña —solté el aire—. Voy a ponerle el pijama para sentarla en el sofá.

—Yo voy metiendo en la olla todo para dejaros el caldo hecho.

—Vale.

Preparé a la niña, saqué una mantita, la cogí y la puse en el sofá, la dejé con mi madre en casa mientras iba a la farmacia a comprar los medicamentos.

Estaba en shock, encontrarme con Ismael había sido removerme todo aquello que un día sentí por él y que en cierto modo jamás había olvidado.

Llamé a Cloe mientras iba de camino a la farmacia, le conté lo sucedido y no se lo podía creer.

—Pero él está casado y también tiene una hija, ¿no?

—Sí, pero no sé si es niño o niña, vamos de la edad de Alba.

—Qué fuerte.

—Ya te digo, lo peor de todo es que él no es pediatra, es de medicina general, nada que ver con pediatría, pero al estar de guardia le tocaría a él por algo, en fin, todo me pasa a mí.

—El destino, amiga.

—O el karma, no sé, de verdad, me removió todo, tengo unas ganas de llorar increíbles. Espera un momento —dije, acercándome al mostrador de la farmacia y le di la tarjeta a la chica para que me diera los medicamentos—. Hasta luego, gracias —salí de allí—. Ya estoy Cloe, pues eso que quiero que la tierra me trague.

—Entiendo y, ¿cómo lo notaste contigo?

—Yo estaba en shock, era incapaz de mirarlo a la cara, pero él estuvo muy atento y educado, vamos como era él, aparte de un capullo que me engañó haciéndome pensar que estaba soltero y mira.

—Si supiera que a la que estaba tratando era su hija...

—Eso pensaba yo, pero como no lo sabrá, santas pascuas y listo —resoplé.

—Bueno, tranquilízate y verás cómo todo fluye, que la vea, le pones un café y, adiós.

—Ya hasta que no se vaya estoy mala y aún falta para que venga.

—Lo imagino, pero tranquilízate y cualquier cosa que necesites, ya sabes.

—De acuerdo, pasa un bonito finde.

—Que nuestra princesa se ponga bien pronto.

Llegué a casa le di la medicina a la niña, un vaso de leche que se bebió a duras penas y la dejé durmiendo en el sofá.

Mi madre y yo estuvimos hablando un buen rato en la cocina, la pobre era todo un apoyo para mí e intentaba calmarme.

A mí no se me pasaba por la cabeza decirle la verdad a Ismael, bajo ningún concepto y eso mi madre lo entendía, lo que menos quería eran líos en mi vida y que eso nos diera problemas a mi hija y a mí, que tan tranquilas vivíamos.

Se quedó conmigo todo el día, vamos que me dejó comida hecha para una semana.

Esa noche no podía ni dormir de los nervios que tenía, además, llevé a mi cama a la pequeña para que no durmiera sola y así controlarla mejor.

Capítulo 3



A las ocho de la mañana estaba con un café en la mano y los nervios a flor de piel.

Me encendí un cigarrillo que me fumé en el balcón de la cocina, era en el único lugar que lo hacía, ya que en mi casa no quería que hubiera humo y mi hija se lo tragara.

Estaba nerviosa perdida, la niña seguía en la cama, ya tenía menos fiebre que el día anterior y eso era un alivio.

Me puse a mensajearme con Jorge, mi mejor amigo, él y Cloe, eran para mí dos personas fundamentales en mi vida, como mi madre y los únicos que sabían el secreto que guardé en su día.

Le conté todo lo del día anterior, al final terminamos por mensajes de voz y me meé de risa cuando me dijo que, ante cualquier cosa, dijera que él era padre de la niña, pero lo dejamos porque se dio cuenta que a él le iban los hombres, que esto último era verdad, ya que era gay.

Jorge trabajaba en una entidad bancaria de la ciudad, también vivía solo y la vida le dio un palo muy grande con el chico del que se enamoró, ya que este era piloto de aviones y de estar en vuelos nacionales pasó a internacionales, se fue a vivir a New York y eso los distanció para siempre, pero él decía que Oscar, siempre sería el amor de su vida. Parecía que le pasó lo mismo que a mí, con eso del primer amor que nos llegó más tarde, ya que los anteriores no nos habían dejado tanta huella.

La pequeña apareció por la cocina frotándose los ojos, la cogí en brazos y me la comí a besos.

—Mamá quiero un vaso de leche.

—Ahora mismo preciosa, ¿me esperas en el sofá? —dije llevándola hasta él y sentándola para taparla con una mantita.

Le preparé su vaso de leche, le puse dibujitos y la dejé ahí, mientras me daba una ducha rápida.

A las diez en punto sonó el portero de la puerta principal de la calle, abrí y me santigué soltando el aire, los nervios se apoderaron de mí.

—Hola —murmuré con una sonrisa forzada al abrir la puerta.

—Hola, Jaca. He traído churros, espero que me invites a un café.

—Claro —volvía a hacerme sentir esos nervios que me ocasionaba cuando estaba con él, esto era para que me pellizcaran y me dijeran que era un sueño.

—¿Qué tal la princesa de la casa? —preguntó, dándome el paquete de los churros y agachándose para verla. Yo me fui hacia la cocina.

—Estoy malita doctor, pero ayer lo estaba más.

—Eso es que la medicina te está haciendo efecto. Te traje un regalito —escuché desde la cocina donde estaba preparando un café y mi mundo se iba desvaneciendo.

—Gracias, doctor, me encanta Bob Esponja —le contestó mi pequeña.

—¿Vas a comer churros?

—No tengo ganas, me duele la garganta.

—Está bien, pues otro día que estés bien te lo traigo para ti.

—Vale, doctor.

Ismael apareció por la cocina, desde allí se veía a la pequeña, pues yo tenía como medio muro quitado y quedaba la encimera haciéndola independiente.

—Tienes una hija preciosa.

—Gracias, Ismael —dije poniendo los cafés sobre la mesa.

—Por lo que vi en el historial nació unos días antes que mi hijo.

—Sí, vino a los siete meses —mentí para no verme pillada.

—Veo que seguido a lo nuestro encontraste pareja —carraspeó medio bromeando.

—Sí, apareció alguien del pasado y ya sabes, me curó las penas, ya no estamos juntos, él vive fuera.

—Vaya, veo que te pasó como a mí, fue nacer mi hijo Iker y separarnos —eso me dejó a cuadros, de piedra.

—Lo siento.

—No era feliz con ella, cuando te conocí nos estábamos separando, con esto del embarazo sorpresa pues, decidimos intentarlo, pero estaba todo roto. Me he acordado muchísimo de ti.

—Siento lo de tu separación.

—Yo más que nada por mi hijo, lo veo muy poco, ya que se lo llevó a Londres, ella es de allí y, bueno, me lo traigo dos meses en verano, gran parte de las Navidades y yo me escapo algún que otro fin de semana a verlo.

—No me lo imaginaba.

—Así es, bueno, es un niño feliz, con eso me conformo.

—Por supuesto.

—¿Y el padre de tu hija?

—Nada, como si no lo tuviera, ella está acostumbrada a mí y ya.

—No entiendo cómo puede haber personas así, un hijo lo es todo.

—Claro —tragué saliva.

—¿Y cogiste plaza de profesora?

—Sí, la suerte es que mi hija está matriculada en el mismo centro.

—Eso está genial.

—Mi madre me ayuda mucho y, bueno, vamos bien.

—Me alegro muchísimo. Me preguntaba si algún día podríamos quedar para comer...

—No lo sé, la verdad —sonreí negando y es que lo quería matar por aquel engaño que me hizo en su día, pero sinceramente, no le guardaba rencor, yo no era así y encima tenía lo que más amaba gracias a él.

—No te fíes de mí —arqueó la ceja—. Te entiendo, no fui honesto contigo, no me porte como un hombre.

—Tranquilo, no sé me acabó la vida.

—Lo sé, pero he vivido con esa espina de cómo te dejé, no creas que no lo he pasado mal, no merecías lo que te hice y mi comportamiento no fue bonito.

—Bueno, eso ya pasó.

—Me gustaría tener al menos tu amistad, que podamos salir a tomar algo, comer... Prometo no tocarte —levantó las manos, ocasionándome una risa.

—Sí, mejor, no me toques —reí soltando eso con un doble sentido que sabía que él no entendería.

Mi madre me llamó en ese momento y le dije que estaba con el doctor, ya luego la llamaría, la pobre se quedaría con la intriga de saber que estaba pasando y es que le contaba todo, absolutamente todo, para mí ella era mi bastón en todos los sentidos.

Nos pusimos a charlar y se pasó la mañana volando, le ofrecí que se quedara a comer con nosotras y no lo dudó ni un momento.

La verdad es que me sentía bien charlando con él, volvía a sentir esa paz que siempre me daba y es que tenía un carisma especial.

Tras la comida se marchó y quedó en que me llamaría para preguntarme cómo seguía la niña, además bromeó con que ya me convencería para salir a cenar alguna noche o comer por ahí.

Se despidió de la pequeña de una manera muy cariñosa, a mí se me cayó el mundo, por ella, que sin saberlo tenía a su padre ahí diciéndole cosas y por él, que no se imaginaba que esa pequeña era fruto de aquello que vivimos ese verano.

Capítulo 4



Mi madre se había venido la tarde anterior y se quedó en casa a dormir para cuidar de la pequeña y yo ir a trabajar.

Llegué más temprano de lo normal para tomar un café con Cloe, en el bar de al lado del colegio.

—Me he quedado muerta y él sin saber que es su hija.

—Así es... —Negué, agobiada.

—Y tú, ¿qué sentiste?

—Que lo amaba tanto como ese verano —murmuré con tristeza.

—Y sí...

—No digas nada que te conozco. Entre él y yo, ya no volverá a pasar nada, me quedé muy marcada una vez y con eso ya tengo bastante —reí.

—Pero ahora es libre.

—La otra vez también lo era y este tiene más peligro que todas las cosas —reí.

—No mujer, todo el mundo cambia y si te dijo que se acordó mucho de ti en este tiempo...

—Cloe, no comiences a conspirar —resoplé riendo.

—Bueno, pero nunca se sabe...

—Yo lo único que sé es que todo me pasa a mí —negaba agobiada.

—Y si te dice de quedar, ¿no lo harás?

—Pues no creo, la verdad, aunque no te voy a mentir, me iría con todas las ganas de mi corazón.

—Joder, nena, entonces no deberías de pensarlo tanto.

—Lo mismo ni me llama —fue decir eso y recibir un mensaje de él.

Ismael: *Buenos días. ¿Cómo se levantó la princesa?*

Jaca: *Mucho mejor, quería hasta venir al cole.*

Mi amiga se reía negando, mientras íbamos andando para el centro.

Ismael: *Mantenla resguardada al menos dos días más, no hagáis locuras.*

Jaca: *Claro, tranquilo.*

Ismael: *El viernes por la noche había pensado invitarte a cenar a Lucrecia.*

Lucrecia era un restaurante italiano muy bonito, era reconocido en la ciudad y siempre estaba muy frecuentado, pero claro, irme a cenar con él, era un arma de doble filo.

—Dile que sí, no seas tonta.

—Cloe, no me voy a tirar de nuevo a la piscina, la otra vez estaba vacía y este capaz es de...

—...de nada, así que, aceptas —me dio un beso en la mejilla y se fue hacia su fila.

No respondí a ese último mensaje, me puse a dar clases y a la hora del recreo comprobé que tenía otro mensaje.

Ismael: *Imagino que te lo estás pensando.*

Jaca: *No, jajaja, estaba dando clases, pero no sé. La verdad es que todo esto me pilla un*

poco fuera de juego.

Ismael: *Prometo no tocarte, solo será una cena. Porfa...*

Por Dios, ahora me lo pedía así, de verdad que yo iba a terminar loca, no me podía creer que esto me estuviera sucediendo.

No le contesté, me tomé un café con un donut y volví a dar las clases hasta la hora de la comida que me fui hacia la casa y ya estaba mi madre con la mesa preparada.

La pequeña estaba mejor, pero tenía un poco de fiebre aún, así que me pasé la tarde con ella en el sofá viendo películas, mi madre también, se quedaría hasta que la niña estuviera completamente bien ya que por las mañanas se tenía que hacer cargo de ella.

Por la tarde me entró otro mensaje de Ismael.

Ismael: *¿Cómo está la princesa?*

Jaca: *Mucho mejor, una pizca de fiebre, pero nada que ver a cómo estuvo.*

Ismael: *Lo veo, estará bien en dos días y podremos ir a cenar.*

Me eché a reír al ver ese mensaje y se lo enseñé todo a mi madre desde por la mañana.

—Hija, yo me puedo quedar con la niña el viernes en mi casa, sal a qué te dé el aire.

—Mamá, me estás mandando a la guerra, ¿lo sabes?

—Tú eres una buena soldado.

—¡Mamá! ¿En serio quieres que vaya con él?

—Hija, en el fondo nunca lo olvidaste y ya sabes...

—Madre mía, pensé que la única que estaba perdiendo la cabeza era yo.

—No hija, tranquila, pero de verdad, deberías darle la oportunidad de que te demuestre que clase de hombre es.

—Yo lo único que sé, es que todo esto es una locura, ya sabes que mis sentimientos por él nunca se fueron, pero no me fio ni un pelo, capaz de que se repita la historia y me siga viendo madre soltera, con otro niño más —bromeé, causándole una carcajada.

—Pues ya tienes la parejita —mi madre era muy bromista y tenía unos golpes buenísimos.

—Ni muerta, una y ya, con una tengo más que bastante —dije mirando a Alba, que dormía la siesta tan plácidamente.

—Bueno, piénsalo, que yo me llevo a la niña el viernes por la noche sin problema. Sabes que yo, loca de contenta porque se venga conmigo.

—Lo sé, mamá.

El martes la pequeña se levantó mucho mejor, mi madre se quedó con ella y yo me fui antes para tomar un café con Cloe, otra que me animaba a quedar con él el viernes, pero yo no lo tenía muy claro.

Ese día me llegaron más mensajes de Ismael, preguntando por la niña e insistiendo en salir el viernes por la noche a cenar y tomar algo. Yo seguía dándole largas, como el miércoles, ese día en que mi madre ya se fue para su casa cuando regresé del trabajo, ya que la pequeña el jueves iría al cole, estaba mucho mejor y lo pedía a gritos, así que me la llevaría.

Capítulo 5



El jueves todos los niños salieron corriendo a abrazar a Alba, les hizo muy feliz que de nuevo estuviera entre ellos y es que mi pequeña se tenía ganado el cariño de todos sus compañeros, era una niña muy feliz y querida en su clase.

Esa mañana no dejaban de llegarme mensajes de Ismael, diciendo que estaba preparando mi secuestro, la verdad es que me sacaba muchas sonrisas que hacía tiempo que no esbozaba.

—Tienes que salir mañana.

—Cloe, no me des el recreo —reí.

—No puedes decir que no. ¿Y si es ahora cuando de verdad se unen vuestros caminos, ese hombre descubre que Alba es su hija y la hace la niña más feliz del mundo?

—O me jode la vida, vete tú a saber.

—Bueno, pero podrías tantearlo, poco a poco, además tú lo amas.

—Ya lo sé, pero tengo mucho miedo, la verdad.

—Los miedos fuera, así que, coge el teléfono —me lo quitó de las manos y salió corriendo hacia el baño y yo detrás de ella.

—Ni se te ocurra —reí queriéndola matar, pero cuando me dio el teléfono ya le había contestado.

Jaca: *Está bien, me recoges en mi casa a las nueve.*

—¡Te mato! —Me puse las manos en la boca.

—Mátame, pero no se te olvide pasarlo genial —me dio una colleja.

Madre mía en el lío que me había metido esta chiquilla y lo peor fue la contestación que vino por parte de Ismael.

Ismael: *Una hora perfecta, ahí estaré con el coche esperándote debajo.*

Y listo, por culpa de Cloe, me veía quedando con aquel hombre que un día me dejó el corazón roto en mil pedazos, todo eso sin añadir que era el padre de mi hija y ni siquiera se había dado cuenta, a pesar de tener los mismos ojos que él, en fin, pasé toda la mañana con los nervios en el estómago.

Fuimos a comer a casa de mi madre, cuando se lo conté se echó a reír y me dijo que al día siguiente pasaría por mi casa después de comer para llevarse a Alba y la ropita, ya que de paso se la quedaba hasta el domingo, el sábado se la llevaría de parques.

Vamos yo estaba incrédula y esa tarde no paró de enviarme mensajes tontos y todo para hablar conmigo, me estaba entrando hasta ansiedad.

El viernes por la mañana Alba y yo, nos dimos el encuentro con Cloe en el bar un rato antes de entrar, mi amiga no dejaba de decirme cosas entre líneas para que la pequeña no se enterara, pero eso sí, la niña no dejaba de reír de verme a mí con esos ataques de risa y es que quería matar a Cloe.

La mañana la pasé con dolor de barriga, fui al baño tres veces, se me había soltado por completo y no era para menos, tenía una cita con ese gran amor que fue para mí Ismael y que en cierto modo lo seguía siendo, era para volverse loca por completo.

A la hora del recreo me vi con Cloe como siempre.

—Te quedan nueve horas para reencontrarte de manera más formal con el gran amor de tu vida.

—Te pueden dar por culo —le dije al oído.

—Pues mira eso que pruebo, lo leí en muchos libros y por lo visto se disfruta bastante.

—Estás loca, te juro que estás loca.

—Bueno, ¿has pensado qué ponerte esta noche?

—Claro, una túnica y un velo sobre la cabeza.

—Sí hombre. ¿Lo quieres espantar?

—Eso es, por tu culpa estoy metida en este lio —resoplé nerviosa.

—No seas boba, ponte algo chulo, además es primavera, aprovecha para ponerte algo sexy.

—Quita, quita, que pareceré que voy buscando guerra, ni de coña, unos vaqueros, una camiseta, unos zapatos de tacón y listo.

—Unos taconazos, los vaqueros bien pegados y la camiseta con un buen escote.

—Sí claro, lo que me faltaba —volteé los ojos.

—Y los labios bien rojos y sensuales.

—¿Vas a dejar de ponerme nerviosa?

—Pues claro que no.

—Menos mal que volvemos para clase —reí dándole una palmada en la cabeza y marchándome.

—¡Mañana me cuentas!

—Vale, te mando mensaje —dije alejándome.

—¡No, a mí me llamas! —gritó causándome una risa.

Le mandé un mensaje a mi madre para que comiera en mi casa, eso hizo, cuando llegamos ahí estaba con la mesa preparada y la comida puesta que yo había dejado lista el día anterior.

Tras la comida le preparamos la bolsa a la pequeña que se marchó feliz dándome un precioso abrazo y es que era la más cariñosa del mundo.

Me senté en el sofá, bueno, realmente me tiré a peso de plomo, estaba rendida psicológicamente y es que me suponía un shock verme por la noche con Ismael, me removía muchas cosas del pasado, lo bueno es que esa noche íbamos a un restaurante en la ciudad y no me llevaba al pueblo como solía hacer, para esconderme, eso que descubrí al final de lo nuestro, en fin, a volver a revivirlo todo.

Me quedé en el sofá pensativa un buen rato, luego me mensajeé con Jorge y con Cloe, iba de chat en chat, contestando a cada uno y eso que en vez de tranquilizarme me ponían más nerviosa.

Luego me quedé dormida un rato antes de preparar la ropa y meterme en el baño, en ese baño que me dio un poco la calma, además eché sales, geles relajantes y hasta encendí un par de velas aromáticas.

Estuve ahí metida como media hora antes de salir a prepararme, al final escogí unos tacones en color rojo, el mismo que llevaría en los labios, un leggin pitillo que me quedaba genial y una camiseta blanca que caía hacia un lado dejando el hombro al descubierto, era preciosa, me la había comprado hacía poco por Internet y ni la había estrenado.

Un poco de perfume y lista, faltaban cinco minutos para que Ismael llegara, o lo mismo ya estaba abajo, fui a asomarme por la ventana.

Capítulo 6



Me quedé sin respiración cuando lo vi, apoyado en el coche, con los tobillos cruzados, una mano en el bolsillo del pantalón, y el móvil en la otra.

Había llegado antes de tiempo, ¿eso quería decir que tenía ganas de verme? Bueno, quizás de lo que realmente tenía ganas era de llevarme a la cama, ahora que estaba soltero lo haría con más frecuencia, lo de ligar con unas y otras, obviamente.

Debió sentirse observado pues miró hacia mi ventana y, al verme, sonrió levantando la mano para saludarme.

—Ya bajo —dije, y él asintió.

Respiré hondo, no estaba preparada para esto ni mucho menos, de verdad que no.

Y lo guapo que estaba él, con una camisa blanca arremangada hasta los codos y ese vaquero. Madre mía, me recordaba tanto al Ismael de cinco años atrás.

Ahora tenía cuarenta años, pero no los aparentaba, era un madurito bien cuidado y seguía como antaño, ni una sola cana le había visto. Y sus ojos, esa mirada de iris verdes que no había olvidado y que cada día contemplaba al mirar a mi hija.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando me sonó el móvil con aviso de entrada de, no uno, sino dos mensajes. Sonreí al saber de quiénes se trataba.

Cloe: *Llegó la hora de la verdad, una noche para disfrutar y que pase lo que tenga que pasar. ¿Te has puesto un tanga sexy? Que tú eres capaz de llevar una de las bragas de la abuela.*

Solté una carcajada porque me imaginaba a mi amiga diciendo eso mismo y el tono en el que lo haría. Vamos, que hasta la veía voltear los ojos. Solo le contesté con un “mañana hablamos” y fui a ver el mensaje de Jorge.

Jorge: *Esta noche que no haya reproches (mira, una rima, jajaja). No, en serio, disfruta y ríe, pásalo genial y, si te da un meneíto dile que se ponga gorrito (hoy estoy poeta). Te quiero, preciosa.*

Otro que tal bailaba, vaya par de amigos locos me había dado la vida, pero no los cambiaba por nada del mundo. Le mandé el mismo mensaje que a Cloe y salí del piso rezando a todos los santos que me estuvieran escuchando, para que no me pusiera aún más nerviosa.

Fue poner un pie en la calle, ver a Ismael allí delante, y volver a sentir todas aquellas mariposas de la noche que le conocí.

Caminé hacia el coche con miedo, si es que hasta iba temblando, y pidiendo no caerme porque aquello sería...

—Cuidado —murmuró Ismael al cogermme, evitando que diera con el culo en el suelo.

Madre mía, si es que el mundo estaba en mi contra. A ver, ¿no había dicho este hombre que no me iba a tocar? Entonces, ¿por qué narices tenía que pisar el único agujerito que había en la calle?

—¿Estás bien? —Y ahí sí, volví atrás en el tiempo, a la noche que nos conocimos, a ese

momento en el que, al mirarlo, me encontré con ese par de ojos verdes que serían mi debilidad y mi tormento.

—Sí, gracias.

—Y eso que aún no estás contentilla —sonrió, dejando claro que se acordaba, igual que yo, de cómo nos conocimos.

—Pues no me dejes probar ni gota de alcohol, no sea que acabemos en urgencias.

—Tranquila, que, si es necesario, te llevo en brazos toda la noche.

—Estarías rompiendo tu palabra de no tocarme —seguía rodeándome la cintura, y, aunque quería que me soltara, por otro lado, estaba como en una nube, quería quedarme así para siempre.

—Pues... creo que ya la he roto —se encogió de hombros.

—Lo que has hecho ha sido evitar que me cayera, así que eso no cuenta. Pero me puedes soltar ya, que no corro peligro.

Y lo hizo, me soltó, pero pasados unos minutos, como si él, tampoco quisiera romper ese contacto.

Abrió la puerta del copiloto para que entrara y después fue a ocupar su asiento. Puso el coche en marcha y fuimos hacia el restaurante.

Aquello me hizo recordar cada día que salíamos durante el tiempo que estuvimos juntos. Siempre en el coche, riendo y hablando de cómo le había ido el día en el trabajo.

En esa ocasión no hablamos y el silencio que nos rodeaba me estaba poniendo un poco más nerviosa.

Cuando llegamos nos acompañaron hasta la mesa que había reservado a su nombre y me sorprendió ver que había unas velas y una rosa roja, cosa que en el resto no había como decoración.

Miré a Ismael y se encogió de hombros sonriendo.

Nos dejaron unos minutos para elegir lo que cenaríamos mientras servían el vino, pedimos y cuando nos quedamos solos al fin me habló.

—Siento mucho lo que pasó, de verdad que sí. El día que te marchaste...

—No me fui porque quisiera, como bien sabrás.

—Lo sé —suspiró—. El día que te confesé todo y te fuiste, se me cayó el mundo encima. Te hice un daño innecesario por no contarte la verdad.

—¿Por qué no me lo dijiste? —di un trago a mi copa, porque necesitaba vino para hablar del pasado, pues esta conversación no iba a ser fácil.

—Porque, como te dije, nos estábamos divorciando y pensé que sería mejor hablarte de eso una vez que tuviera los papeles.

—Y entonces te enteraste de lo del bebé.

—Sí —agachó la cabeza.

—Si os estabais divorciando, no entiendo cómo pudo quedarse... —Ismael me miró y automáticamente me quedé callada.

Vale, sabía cómo había pasado, pero no podía imaginar que mientras se tramitaba el divorcio, siguiera acostándose con ella.

—Bueno, déjalo, no quiero saber más, bastante es que me tuviste como la otra.

—Para mí no eras la otra, eras la única.

—Perdona, pero estabas casado, me llevabas fuera de la ciudad para que no nos viera nadie y follarme a tu anchas.

—No quería que lo vieras así.

—Pues disculpa que lo hiciera aquel día en el que me dijiste toda la verdad.

—Ese día te vi una sonrisa diferente, estabas feliz cuando nos encontramos —dijo cogiendo su copa.

—Sí, porque iba a ver al hombre que me hacía sonreír de ese modo —mentí, no le pensaba contar la verdad—. Y cuando me contaste todo, entendí esa cara de funeral que tenía tú.

—Lo siento, de verdad que sí.

—Dime una cosa, el apartamento al que íbamos, ¿de verdad era de un amigo?

—No.

Y ahí se me terminó de caer el mundo encima.

—Lo alquilé para poder ir a dormir allí, ten en cuenta que estaba divorciándome y no quería estar en la misma casa que ella, eso lo complicaría todo —terminó de decirme.

—Pero para que se quedara embarazada tuvisteis que acostaros mientras tú y yo estábamos juntos —volvió a agachar la cabeza, y eso fue cuanto necesité para saber que sí, que al menos una vez lo habían hecho—. No me contestes, no hace falta.

Me bebí lo que quedaba de vino en la copa y me puse en pie, me sentía mal en ese momento y no quería pasarlo peor, aquello solo lo removía todo.

—No te vayas, por favor —me pidió cogiéndome la mano, mientras se levantaba—. Necesito... —Cerró los ojos y apretó mi mano—. Necesito esto, Jaca, necesito decirte que no he dejado de pensar en ti, que me maldigo cada puto día de mi vida por haber sido tan cobarde al no contarte la verdad cuando nos conocimos y haberte hecho daño. Te perdí, pero ahora que nos hemos vuelto a encontrar...

—No —le corté—. No es que nos hayamos vuelto a encontrar, porque yo siempre he vivido aquí. Si tanto pensaste en mí, ¿por qué no me buscaste?

—Lo hice, pero no di contigo.

Al fin me miró a los ojos y vi verdad en ellos, o eso quise creer.

Me senté, dándole una oportunidad, no para que me contara más mentiras, sino para que me contara esa búsqueda que decía había hecho.

—No me buscaste, admítelo.

—Claro que lo hice, pero sé ve que no en los lugares adecuados.

—¿Cuándo?

—Tras separarme de ella, cuando volvió a Londres llevándose a mi hijo.

Fui por la calle en la que nos vimos, esperaba cada noche por si te veía aparecer, pero ya ves que no fue el caso.

—Obvio, aquel día salí por esa zona, pero no he vuelto a ir.

—Lo supuse. No sabía dónde vivías, así que no podía presentarme en tu casa para hablar contigo.

—Bueno, digamos que te puedo llegar a creer.

—Te llamé, varias veces, pero nunca lo cogías.

—Borré tu número de mis contactos, no quise saber nada y cuando me llama un número que no conozco, no me molestó en contestar porque siempre suele ser para venderme algo, así que... — Me encogí de hombros.

—Sigues estando preciosa, mucho más madura, eso sí. La maternidad te sentó bien —cambió de tema y, ahí, entrábamos en aguas pantanosas— ¿De verdad no sabes nada del padre de Alba?

—No, ni tampoco quiero —mentí de nuevo.

—¿Qué pasó con él? —preguntó, cogiendo su copa.

Y ahí entraba mi mente en acción, esa que debía inventarse toda una historia para hacerle ver que había habido alguien poco después que él.

—Salí con mis amigas una noche, coincidí con esa persona de mi pasado, estuvimos charlando y, después de unas cuantas citas, ya éramos algo así como pareja, hasta que se acabó y se fue.

—¿Te dejó sola con la niña?

—Sí, renunció a ser padre por completo, tenía otros planes, otras metas.

—Yo no podría renunciar a mi hijo, es lo que más quiero en el mundo.

—Bueno, hay padres y padres.

—Eso está claro.

Cenamos mientras hablábamos de mí, se interesó por cómo me iba en el trabajo, si me costó mucho encontrar la plaza y si era feliz allí.

Terminamos y acabamos paseando por las calles cercanas, la verdad es que me parecía mentira estar así con él, lo que habría dado porque esos paseos hubiesen sido cinco años atrás.

—Y, dime, ¿no tienes pareja? —preguntó, de repente.

—No. Desde lo de... —A punto estuve de meter la pata y decir que no había habido nadie en mi vida después de él, menos mal que rectifiqué a tiempo—. El padre de Alba, fue el último.

—Mucho tiempo, entonces.

—No me importa, con mi hija tengo más que suficiente, además, están mi madre y mis mejores amigos. ¿Y tú?

—Desde el divorcio, nadie. Lo intentamos, pensamos que el bebé había sido una señal de que deberíamos estar juntos, pero nos equivocamos. Mi matrimonio estaba abocado al fracaso y ni siquiera fue suficiente con intentar que volviera a ser todo como al principio.

—Lo siento, de veras que sí.

—No lo hagas, mi matrimonio fue el que nos hizo dejar atrás aquello que tuvimos.

—Ismael, si me hubieras dicho que estabas casado, nunca me habría metido en medio de ese matrimonio.

—Lo sé, Jaca. Te conocía poco, pero sabía que todo se acabaría si te lo hubiese dicho. El embarazo de mi ex...

—Llegó justo cuando debía, tu hijo te necesitaba, eso lo entendí y lo sigo entendiendo.

Sonreí y le vi hacerlo a él, me cogió ambas mejillas mientras me miraba fijamente y sentí que se paraba el mundo.

Todo cuanto nos rodeaba dejó de existir en ese instante, fue como si estuviéramos solos en esa calle, incluso dejé de escuchar el bullicio de coches, el ir y venir de la gente.

Me quedé conectada a esos ojos que me contemplaban como lo hicieron tanto tiempo atrás, y quise que me besara, como ocurrió la primera vez que lo hizo.

Pero no me besó, bueno, sí lo hizo, pero en la frente. Uno de esos besos que un padre le da a un hijo, nada más.

Volvimos al coche y me llevó de vuelta a casa. No sé qué es lo que esperaba que pasara, pero sin duda, había estado a gusto con Ismael, como lo estuve en su momento años atrás.

Paró el coche y me acompañó hasta la puerta de mi edificio. Pensé en invitarle a subir, a tomar una copa, pero descarté la idea porque no quería que pensara que iba buscando otras cosas, no era esa mi intención, ni mucho menos.

—Bueno... —murmuré.

Ismael me agarró por la cintura y sentí que me estremecía por completo. Le miré y se inclinó para besarme en la mejilla, solo que ese beso quedó demasiado cerca de la comisura de mis

labios.

—Fuiste lo mejor que me había pasado en mucho tiempo, Jaca, y, aunque sé que te hice daño, que no merezco estar en tu vida de nuevo, me gustaría que volviéramos a vernos, aunque solo sea como amigos.

—Yo...

—Piénsalo —no me dejó que contestara—. Cúdate.

Lo vi caminar hasta el coche, subir y marcharse mientras yo pensaba en qué hacer. ¿Sería capaz de tenerlo solo como amigo?

Ese hombre había sido mucho más que eso para mí, no sería fácil tenerlo solo como amigo.

Subí a casa, me puse el pijama y me metí en la cama sabiendo que, pasara lo que pasase, Ismael había vuelto a mi vida.

Capítulo 7



Nada más levantarme ese sábado tenía un mensaje de Cloe, con una única palabra “LLÁMAME”.

Sí, así, en mayúsculas, como si fuera una emergencia o algo así.

Me di una ducha, me puse un chándal y la llamé con el manos libres, mientras me preparaba el desayuno.

—Al fin llama la señora de la casa —ese fue su saludo.

—Buenos días a ti también.

—Sí, eso, lo que sea. A ver, ¿qué tal anoche? Estoy sentada y tomando un café, así que tengo tiempo para una larga conversación.

—Y yo me acabo de levantar, como quien dice y tengo que llamar a mi hija.

—La niña está bien, tu madre lo ha dicho. No se acuerda de ti, venga, habla.

—Joder, la que me cayó contigo cuando te conocí, petarda.

—Chsss. Habla, estás perdiendo un tiempo valiosísimo.

—Menos mal que tengo tarifa plana —sonreí.

—Y dale, lo que te cuesta empezar a contar las cosas, ¿eh? Venga, habla.

Empecé a contarle todo, mientras ella escuchaba y de vez en cuando decía un simple “oh”.

Quedé en que nos veríamos esa noche, vendría a casa a cenar conmigo y la niña, bueno, si mi hija quería volver porque, cuando se quedaba con su abuela, no había quien la trajera en unos días.

Llamé a mi madre para ver cómo se estaba portando Alba, y me dijo que se quedaba allí todo el fin de semana, que yo hiciera lo que me diera la real gana y me saliera de ahí mismo, que ellas estaban muy, pero que muy bien.

—Vamos, que mi hija no quiere verme —reí.

—Mamá, sí que quiero, pero estoy con la abuela y vamos a preparar hoy una tarta de manzana para merendar. Viene su vecina Paca.

—Muy bien, cariño, pero pórtate bien y no des guerra a la abuela, ¿vale?

—Vaaaleee —protestó.

Me despedí de ellas y mientras ponía una lavadora y guardaba varias prendas de la niña, me sonó el móvil y era Jorge.

—Buenos días, tío bueno.

—Buenos días, bellezón. ¿Algo que contarme?

—Otro como Cloe...

—Ah, ¿con ella ya has hablado, entonces?

—Sí, me mandó un mensaje nada más levantarse. Esa mujer no debió dormir anoche.

—Ni yo tampoco. Venga, habla que me tienes mordiéndome las uñas.

Empecé a reír y acabé contándole lo mismo que a mi amiga, él también se quedó bastante sorprendido cuando le dije que Ismael, quería volver a estar en mi vida.

Jorge se apuntó a la cena en mi casa y quedó en que él lo traía todo, así que le mandé un mensaje a Cloe, para que supiera que era una cena de amigos, no de chicas.

Estaba terminando de hacerme un poco de pasta para comer cuando me llegó un mensaje de Ismael.

Ismael: *Buenas tardes, Jaca. Me preguntaba si te apetecería comer conmigo. Por supuesto, puedes venir con Alba, me encantará seguir conociendo a tu hija.*

Jaca: *Buenas tardes. La verdad es que me pillas comiendo, lo siento. Y la niña está en casa de mi madre, se queda allí todo el fin de semana. En otra ocasión.*

Ismael: *¿Y un café? Podemos tomarlo en un bar cerca de tu casa.*

Jaca: *No puedo, esta noche tengo invitados en casa y debo preparar la cena. Nos vemos otro día. Cuidate, Ismael.*

Me costó la misma vida decirle que no a ese café, pero sabía que, si quedaba con él, acabaríamos alargando las horas, terminaríamos cenando juntos, y la verdad es que me apetecía ver a mis locos amigos.

Desconecté de todo y pasé la tarde en el sofá hasta que llegaron Jorge y Cloe. Lo hicieron a la vez y de lo más sonrientes.

—Con lo buena pareja que hacéis, qué lástima que os gusten los hombres a los dos —reí.

—Bueno, yo a este me lo llevaba a la cama sin pensar —rio mi amiga.

—Huy, lo que ha dicho la golfilla esta —dijo Jorge, fingiendo estar sorprendido.

—Claro y a Matías, también —miré a mi amiga arqueando la ceja.

—Chica, es que, a Matías, le daba un buen repaso hasta yo —soltó Jorge—. Ese profesor de gimnasia tiene su punto. ¿Seguro que no es gay, como yo?

—No, a ese le gustan mucho un buen par de gemelas —contestó Cloe, mientras se levantaba los pechos, haciéndonos reír.

—Ismael me pidió que comiéramos juntos, le mentí diciendo que ya estaba comiendo y quiso que tomáramos café, pero también lo rechacé.

—¿Tú eres tonta? —preguntaron al unísono.

—No, solo que no me parecía bien volver a vernos hoy. No estamos saliendo ni nada de eso.

—Tonta no, súper tonta. A ver, mujer de Dios. ¿Por qué lo rechazaste? Ese hombre vuelve a tu vida por casualidad y tú, ¿te niegas a verle? De verdad, unas tanto y otros tan poco... —dijo Jorge.

—Es que me da miedo que pase algo y...

—¿Qué va a pasar? Si vas con miedo por la vida, mal vamos.

—Cloe, ayer deseé que me besara. Ahora imagina que lo hace algún día, y deseo que me... bueno, ya os imaginaréis.

—Que le dé alegría a tu cuerpo, ¿no?

—Eso. Y que una cosa lleve a otra, acabemos como hace cinco años y yo siendo la que termine llorando por las esquinas. No quiero que me vuelva a romper el corazón, que sé bien que, en otra de esas, no levantaría cabeza.

—Madre mía —protestó Jorge, poniéndose en pie—. Mira, guapa, vamos a cenar, te vas a poner un modelazo de esos que quitan el hipo, y salimos los tres a que te dé el aire, porque estás tú más perdida...

—... que el barco del arroz —terminó Cloe por él.

Y así pasó, mientras ellos servían la cena, me obligaron a ir a buscar ropa para ponerme, arreglarme y después salir a tomar algo.

Un vestido negro entallado, con cuello barco y hombros al aire, los tacones del mismo color y lista para ir a que me diera el aire, como había dicho Jorge.

Capítulo 8



—¡Esto está lleno! —grité cuando entramos en el pub más famoso de la ciudad desde hacía un par de años.

Cada sábado se ponía aquello hasta la bandera, pero era algo normal pues, de todos los locales de esa zona, era donde mejor música y bebida tenían.

—Normal, si es que es de lo más cañero. Vamos a la barra, chicas —Jorge nos cogió a ambas por la cintura y, en un momento dado, hasta nos plantó la mano en el culo.

—¡Oye, oye! Se mira, pero no se toca —rio Cloe.

—O sea, hace unas horas diciendo que me llevabas a la cama, y ahora no me dejas ni darte un azotito. Muy mal, Cloe, muy mal —se inclinó y le dio un piquito, esa manía la tenía Jorge con las dos.

Acabamos riendo y, tras pedir tres mojitos, nos fuimos a la zona de las mesas a ver si encontrábamos una libre.

Suerte tuvimos que así fuera, porque solo me faltaba estar de pie unas cuantas horas.

Entre copas y bailes pasamos la primera hora y media, hasta que sonó una canción que nos encantaba a los tres y ahí que empezamos a bailar. Era una bachata, y si algo tenía nuestro amigo, es que se le daban de maravilla.

Fue cambiando de una a otra mientras todos nos miraban, nos dio algún que otro pico y, entonces, lo vi.

Ismael estaba parado en el corrillo de gente que nos veía bailar, con una copa en la mano y apretando los dientes.

Le dio un buen sorbo y se giró para ir a la barra, donde le pusieron otra copa.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Cloe.

—Ismael está en la barra, y nos ha visto.

—¡Hostia! ¿Quién es?

Señalé hacia dónde estaba y en ese momento se giró y nuestros ojos volvieron a encontrarse.

—Madre mía, está cañón.

—Lo sé —sonreí.

Jorge se unió a nosotras, rodeándonos por la cintura, y Cloe le explicó lo que pasaba.

—Huy, pues... viene hacia aquí —dijo Jorge.

—Madre mía, yo me voy.

—Tú quieta aquí, cobarde —Cloe, me retuvo con la mano.

—Hola, Jaca.

—Hola.

—Me alegro de verte.

—Ella también —contestó Cloe, e Ismael sonrió—. Soy Cloe, amiga y compañera de trabajo de

Jaca. Y él es Jorge.

—El padre de Alba —soltó mi amigo, dejándonos a todos a cuadros.

—Oh —Ismael me miró sin entender, yo desvié la mirada y quise matar a mi amigo.

—Es broma, hombre —rio Jorge—. Solo soy un buen amigo de Jaca, ya quisiera yo ser el padre de esa preciosa niña.

—Sí que es preciosa, como su madre —contestó Ismael y, cuando le volví a mirar, estaba sonriendo.

—Bueno, vamos a mover estos cuerpos, preciosa mía —Jorge cogió a Cloe de la mano y se alejaron, dejándome sola con Ismael.

—No pensé verte por aquí —me dijo cuando nos sentamos en mi mesa.

—La verdad es que me han obligado, yo pretendía quedarme en casa tranquilamente.

—Han hecho bien, de vez en cuando hay que salir.

—¿Has venido solo?

—No, con un compañero del trabajo, pero ha ligado y aquí me quedé yo, tomando la última antes de irme a casa. Hasta que te he visto a ti.

—Bueno, yo no tardaré mucho en marcharme. En cuanto me termine la copa —levanté la mano mostrando que quedaba muy poco, y le vi a él terminarse la suya de un trago.

—¿Nos vamos? —Me tendió la mano.

Miré a mis amigos, que no habían quitado ojo de donde estábamos nosotros, y ahí estaba ese par de locos haciéndome señas para que me fuera con él. Había que joderse...

—Sí, mejor.

Salimos del pub y al final acabamos en la puerta de mi casa mientras dábamos un paseo.

—¿Quieres subir? —pregunté.

—¿Estás segura?

—Claro, tengo vino que ha quedado de la cena.

Ismael asintió y subimos a mi piso.

Serví dos copas, nos sentamos en el sofá y permanecimos en silencio un buen rato, hasta que al fin habló.

—Creí que era tu pareja, aunque, al ver que también era cariñoso con la otra chica, pensé que erais una pareja abierta, de esas de más de una persona.

—¿Qué dices? Pero si te dije que no tenía pareja.

—Podrías haberme mentido, como yo hice hace años, y...

—No, nunca lo haría.

—¿Mentirme? —Mierda, ¿es que sabía algo?

—Me refiero a que nunca te diría que no tengo pareja, si la tuviera. ¿Para qué iba a hacer eso?

—¿Para llevarme a la cama, tal vez? —Arqueó la ceja, haciéndome reír.

Y así se nos pasó el tiempo, entre risas como en aquel verano, y hablándome de su hijo, de lo mucho que lo echaba de menos y de la suerte que tenía yo, de poder estar con mi hija cada día.

—Se hace tarde, será mejor que me marche, querrás descansar.

Se puso en pie y fue hacia la entrada.

—Sí, bueno, yo... —Me froté el cuello, aquello era señal más que clara de que estaba súper nerviosa y él, lo sabía.

—¿Por qué estás nerviosa? —preguntó cogiendo mi mano para que dejara de tocarme el cuello.

—No lo estoy.

—Jaca, hace años que no te veo, pero sé de sobra cuándo lo estás y este, es uno de esos

momentos. Dime —se inclinó mientras caminaba, haciendo que me pegara a la puerta de la casa—
¿Aún te pones nerviosa en mi presencia?

Joder, ¿por qué susurraba de ese modo? Madre mía, me iba a dar un ataque.

Inconscientemente me mordí el labio y esa fue mi perdición, ya que lo vi sonreír al tiempo que noté su pulgar acariciarme el labio.

—Si no me voy, acabaré haciendo una locura y no quiero, pero, si no me quedo, me arrepentiré de no haberlo hecho.

—Lo tienes difícil, entonces —dije, a duras penas, pues estaba tan nerviosa que me costaba hablar.

—Me marchó, no quiero que esto sea así —me besó la mejilla, de nuevo demasiado cerca de la comisura de mis labios, abrió la puerta y se fue.

Me quedé en shock. ¿Qué acababa de pasar? Por un momento... deseé que me besara.

Capítulo 9



El sonido del telefonillo me despertó esa mañana de domingo.

Abrí sin preguntar pues, la hora que era, bien sabía que sería ese par de amigos que tenía.

Dejé la puerta abierta y fui a la cocina para preparar café, la confianza que había con ellos daba para eso y más, motivo por el que tan solo llevaba unos pantaloncitos de lo más cortos y una camiseta de tirantes, con lo que había dormido la noche anterior.

—Buenos días —casi se me para el corazón al escuchar la voz de Ismael a mi espalda.

—Tú... ¿Qué haces aquí? —pregunté, mirándolo con los ojos como platos por aquella sorpresa.

—Traje el desayuno. Chocolate con churros —levantó la bolsa.

—Madre mía... Ahora vuelvo.

Pasé por su lado para ir a ponerme algo de ropa, pero me cogió la mano y me llevó hasta él.

—Si vas a cambiarte, no lo hagas. Me gusta verte así, recién levantada. Estás preciosa, Jaca, como recordaba.

Tragué saliva, me mordí el labio y asentí.

Cogí un par de tazas para el chocolate, nos sentamos en la mesa, fui dar el primer bocado y...

—Humm por Dios, qué bueno. No me extraña que digan que el chocolate sustituye al sexo. Esto es un placer.

—Sí —carraspeó, y lo vi sonreír.

—Lo siento, he olvidado por un momento que eras tú y no mis amigos quien está conmigo. Por cierto, ¿por qué has venido? Y sin avisar, ni preguntar tampoco.

—Dado que anoche te acostarías tarde, supuse que no tendrías ganas de hacerte el desayuno, así que pensé en traerlo yo.

—Pues has dado en la diana, me encanta este desayuno.

—Lo sé —rio, haciéndome un guiño.

En cuanto acabamos de desayunar me disculpé para ir a darme una ducha rápida y vestirme de persona, no de golfilla como diría Jorge.

Cuando volví al salón, Ismael estaba mirando por la ventana.

—¿Son interesantes las vistas? —pregunté.

—Lo siento, estaba pensando.

—Mejor no pregunto.

—¿Cuándo vuelve tu hija?

—Pues debería ir ya a casa de mi madre, comeremos allí con ella y después volveremos aquí.

—¿Puedo invitaros a comer a la niña y a ti? Por favor.

No quería, no podía dejarlo entrar en la vida de mi niña de esa manera, sin contarle a él la verdad, pero, por otro lado, aunque ninguno de los dos lo supiera, ¿no merecían estar juntos unas horas?

—Vale, pero tengo que coger de mi coche la sillita de Alba.

—Sin problema —sonrió y vi que le brillaban los ojos.

Avisé a mi madre de que íbamos en camino y se sorprendió al saber que Ismael me acompañaba.

Cuando llegamos, hice las presentaciones oportunas y mi madre se emocionó mucho. Hasta que habló y me dejó con el culo al aire, como solía decirse.

—Mi hija me habló mucho de ti, de aquel verano, y en estos años no te olvidó.

—¡Mamá, por el amor de Dios!

—Hija, las cosas como son.

—Yo tampoco me olvidé de ella, Rosa, se lo aseguro.

—Bueno, pues ahora que habéis vuelto a encontraros, no dejéis que pasen otros cinco años, ¿eh?

Menos mal que en ese momento apareció mi hija con su mochilita. Al ver a Ismael, se quedó parada y mirándonos a los tres, sin pestañear.

—¿Quién está malita? —preguntó.

—Nadie, cariño, el médico es amigo de tu mamá —dijo mi madre.

—¡Ay, qué susto! —Sí, la dramática de mi hija de nuevo con la mano en el pecho— Creí que íbamos otra vez al hospital.

—No, princesita —Ismael la cogió en brazos y la besó en la frente—. Hoy vamos a ir a comer los tres donde tú quieras.

—¡Al burger! —gritó ella, emocionada.

—Pues al burger vamos. Y, después, ¿qué te parece si vamos a los columpios del parque?

—¡Sí!

Mi madre y yo nos miramos, aquello era lo que tantas veces habíamos deseado, tener a mi hija y a su padre juntos y riendo como lo estaban haciendo.

Sentí un nudo en la garganta, las lágrimas agolparse en mis ojos y no pude evitar tener que ir corriendo al cuarto de baño.

Allí, sentada en el suelo y apoyada en los brazos que tenía sobre las rodillas, rompí a llorar como una niña pequeña, desconsolada y muerta de dolor. Pero aquellas lágrimas también eran de felicidad, por ver a las dos personas que más quería en el mundo juntas y felices.

—¿Jaca?

Escuché la voz de Ismael tras la puerta y me sequé las mejillas rápidamente.

—Ahora salgo.

Pero no me dio esa opción, pues entró en el cuarto de baño y, al verme en el suelo y con la cara roja como un tomate, se arrodilló frente a mí.

—¿Qué te pasa, pequeña? —preguntó cogiéndome las manos.

—Nada, no es nada. Estoy bien, de verdad.

—No, no lo estás, mírate, se te siguen cayendo las lágrimas —las secó con los pulgares.

—De verdad, no es nada. Es solo que mi niña...

—¿Te ha preguntado alguna vez por su padre?

—Sí, la noche de su cumpleaños, justo la anterior a la mañana que nos volvimos a ver en el hospital.

—Nunca lo conoció, imagino...

—No, nunca y, así será, hasta que le cuente la verdad cuando sea mayor y ella decida.

—Lo entiendo. é que tiene a Jorge, que seguramente será como un tío para ella.

—Sí —reí—, se adoran mutuamente.

—Bueno, ahora me tiene a mí, no solo como médico, sino como el amigo de su madre, y, también, suyo.

—Ismael, no quiero...

—Jaca, déjame estar en vuestras vidas, por favor. Por el cariño que nos tuvimos hace años, por ese que sé que aún me tienes igual que yo a ti y porque sé lo importante que es para un niño de esa edad, contar con un hombre al que llamar papá, o tío. No me importaría ser el tío Ismael —me hizo un guiño y consiguió que me riera.

Desde luego, ahora no me cabía duda de que ese hombre quería estar de nuevo en mi vida, y no solo en la mía, sino en la de mi hija.

Ni siquiera sabía que esa niña era suya y se mostraba cariñoso con ella por el simple hecho de que era mi hija.

Volvimos a salón y Alba, no dudó en extender sus bracitos mientras sonreía para que Ismael la cogiera en brazos.

Nos despedimos de mi madre y bajamos de nuevo al coche.

—Y ahora, me voy al burger con las dos chicas más guapas de la ciudad. Voy a ser la envidia del payaso ese pelirrojo en cuanto me vea entrar con vosotras —dijo, con un guiño que le dedicó a mi hija a través del retrovisor y haciéndola reír a ella.

Capítulo 10



Nos montamos en el coche y sorprendentemente le puso canciones infantiles y animadas. Comenzó a cantar con la niña, mientras conducía y la miraba por el espejo retrovisor.

Me notaba que estaba ese día de lo más susceptible, tenía ganas de llorar y llorar. Verlos a los dos cantando y no poder gritar a los cuatro vientos que eran padre e hija, me mataba, pero no podía hacerlo. Si ya me falló una vez y, ¿quién me decía que no lo iba a hacer otra? No quería exponer a mi hija para que en cualquier momento desapareciera u otra cosa y le causara daño.

Eso sí que no lo permitiría, a ella, no.

Llegamos al burger y la pequeña pidió directamente la corona, anda que no se la puso rápido, al igual que también lo hizo Ismael, quién la seguía en todo, de repente parecía un niño de cuatro años, era increíble la capacidad que tenía para ponerse a la altura de ella.

Yo estaba callada, triste, él me lo notaba y me hacía caritas. La pequeña se metió en los tubos de la zona de juego y nos quedamos a solas.

—¿Qué te pasa? —dijo, pellizcando mi mejilla.

—Nada, será que estoy con la regla y eso me hace estar de lo más sensible —mentí sonriendo.

—Entiendo, además no debió ser fácil sacar adelante sola a Alba.

—No es eso, sabes que tengo una gran ayuda por parte de mi madre y la niña es muy buena, con sus cosas de la edad, pero no me da ningún problema de conducta.

—Me encanta Alba y, déjame decirte algo, tiene los ojos como los míos, parece más mía que tuya —bromeó haciendo un carraspeo.

—Sí, el padre tenía los ojos verdes y toda la familia de él —mentí para esquivar el tema, casi me da algo.

—En unos días os dan las vacaciones de verano, estarás contenta.

—Sí, la verdad es que sí, deseando relajarme por completo —sonreí.

—¿Qué te parece si os invito unos días a la playa?

—Ismael... —resoplé riendo y negando.

—No me digas que me quieres sacar de tu vida, déjame quedarme a vuestro lado, además, en cuanto coja vacaciones mi hijo, también se viene, podríamos hacer algo todos juntos unos días, los niños lo pasarían genial —eso me dejó perpleja, además era una posibilidad para que jugara y conociera a su hermano, me iba a volver loca.

—Lo vamos viendo...

—Me da mucha tristeza verte así, te juro que no sabes cuánto me arrepiento de haberte dejado aquel día.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Sí pasa, fui un ser deleznable.

—No, venía un hijo en camino y quisiste luchar por él —dije con tristeza, obviando que yo

estaba en la misma situación y esperaba una hija de él.

—Pero...

—No hablemos más de ello, por favor.

—Está bien, pero que sepas que me arrepentí cada día de mi vida —paró de hablar ya que volvía Alba, de lo más emocionada.

—Mami, me hice una amiga, se llama Silvia, su mamá es peluquera y le coge muchas trenzas en la cabeza.

—¿Sí? ¡Qué bueno! Pero vamos, que yo te puedo coger muchas trenzas y ponerte como una caribeña —se echó a reír.

—Yo me dejaré el pelo largo para que también me las hagáis —bromeó Ismael.

—Yo te la hago Isma —dijo la niña, acertando su nombre con total confianza.

—Pues entonces ni dudo en dejarlo crecer, pareceré un surfero cuarentón —le hizo un guiño, causando una risa a la pequeña.

Después de comer en el burger nos fuimos a un parque dónde la pequeña se encontró a dos amigos de clase y se puso a jugar con ellos, mientras nosotros nos tomábamos un café.

—Entonces, ¿pensarás lo de las vacaciones con los niños?

—Ismael...

—Ya sé, pero podría ser divertido, piensa en ellos.

—No sabes tú nada... —negué riendo.

—Daría lo que fuera por hacer mil cosas junto a ustedes —eso de que hablara en plural me encantaba. La verdad es que lo veía hablando de corazón, pero mis miedos eran más grandes que mis ganas.

—Ya iremos viendo, te tengo en cuarentena preventiva —sonreí.

—Prometo portarme bien y estar a la altura de lo que necesitas ver en mí, para que comiences a confiar.

—Bueno, ya lo iremos viendo —repetí riendo.

—Me encanta cuando sonríes y no estás a la defensiva.

—No es estar a la defensiva, pero todo esto me ha pillado de sorpresa, pero bueno, lo pensaré.

—Podríamos irnos a un hotel de esos “todo incluido” en la playa y que tienen parques acuáticos para niños y muchas actividades para ellos.

—Pinta bien, pero necesito pensar.

—Te lo recordaré a cada momento —arqueó la ceja, con esa mirada que yo no podía mantenerle.

—¿Me vas a dar la tarde? —reí cuando de repente escuché a la niña llorar y miramos hacia dónde estaba y la vimos en el suelo.

—Ay, Dios, ¡otra vez aterrizó mal! —dije riendo y andando hacia ella, pero Ismael, ya había llegado, cogido en brazos y la traía para la mesa.

—Doctor creo que me he roto la pierna —dijo la descarada, mirándolo y poniéndose en plan circunstancias.

—No lo creo —dijo echándole un poco de agua en la rodilla raspada.

—Eso escuece.

—¡Es agua, hija! —exclamé muerta de risa y negando.

—Agua con poderes de sanación —contestó Ismael, causando una risilla en Alba, que ya había dejado de llorar.

—Doctor, me tendré que poner una venda en la rodilla —dijo toda convencida para dramatizar

aún más la situación.

—No, por ahora creo que no, estoy viendo que está cogiendo un color muy bueno —dijo mirando su rodilla, ya que aún la tenía sobre su falda.

—¡Inma! —gritó la pequeña a una amiga que pasaba por allí.

—Hola, Alba —se paró sonriente ante ella.

—Aquí estoy con mi padre que es médico y me está curando la rodilla, me caí y me hice un daño terrible —dijo y en ese momento escupió todo el café que tenía en la boca.

La chiquilla hizo un gesto con su manita y fue en busca de su madre que estaba hablando con una amiga.

—Se creyó que eres mi padre —murmuró la pequeña, poniéndose las manos en la boca en plan traviesa.

—Y yo pensaba que era de verdad —contestó Ismael, en broma y haciendo pucheros con la boca.

—Y yo y yo —dije muerta de risa como la que no quería la cosa, en fin, niños y su bendita inocencia.

—Pues a partir de ahora, te voy a llamar papi para que mis amigas vean que tengo uno.

—Vale, trato hecho —le hizo un guiño y yo resoplé poniéndome la mano en la cara y negando, lo vi riendo entre mis dedos.

—Yo de esta me tiro de la azotea de mi bloque.

—No mujer, que tan malo no soy, lo mismo hasta lo hago bien —me hizo un gesto a modo de protesta y bromeando, por supuesto.

—Ya, ya —lo miré muerta de risa. Madre del amor hermoso la que me había caído a mí encima.

Estuvimos toda la tarde en el parque y luego nos llevó a casa, lo invitamos a subir para cenar unos sándwiches, la verdad es que ese día se lo había merecido y no lo iba a hacer llegar solo a su casa y prepararse la cena.

Duché a la pequeña un momento y cuando llegué a la cocina él tenía preparados los sándwiches.

—No hacía falta, los iba a preparar yo —protesté, aguantando la risa.

—Bueno, tendré que colaborar en los cuidados de ya, nuestra hija —dijo bromeando, mirando a la pequeña que se ponía las manos en la boca y se echaba a reír con tal comentario.

—Pues si es tuya, te la regalo, coge la ropa de ella, te encargas un año y ya cuando te aburras me la devuelves —dije mirando a Alba, que se echaba a reír.

—No, mami, él es papi de mentira, para que la gente se lo crea —me daba hasta cosita escucharla, pues se veía que en cierto modo tenía necesidad de uno.

—Bueno, dejemos de jugar a las casitas y cenemos, que estos sándwiches tienen una pinta estupenda —quise desviar el tema.

—Se puso celosa tu madre —dijo dándole a Alba el sándwich para que lo cogiera bien.

—¿Yo? —negué mirando hacia arriba.

Alba se reía mirándolo y mirándome a mí, vaya juego se traía la pobre mía y es que encima lo disfrutaba. En cierto modo, la entendía a la perfección.

Tras la cena, acosté a la niña, le pidió a Ismael que la tapara él, ¿se podía ser más descarada? Y anda que el muchacho no fue rápido y se la comió a besos.

—Bueno —dije cuando lo acompañé a la puerta.

—¿No me vas a dar un beso de buenas noches? —Puso su mejilla.

—Tienes un morro... —me reí y se lo di.

—Iba a girar la cara, pero quiero ganarme tu confianza, Jaca —me pellizco con cariño la

mejilla.

—Poco a poco —murmuré sonriendo.

—Te escribo mañana, tened un buen comienzo de semana.

—Igualmente.

Me metí hacia dentro pensativa, negaba y sonreía sola, era todo tan irreal, que me parecía que yo, lo estaba liando sola.

En la ducha no dejaba de pensar, de mi corazón latir a mil y es que amaba a Ismael, como él no podía ni imaginar, si lo supiera alucinaría, no se lo creería.

Por un lado, me daba un miedo horrible que de repente desapareciera, pero, por otro lado, me daba también mucho miedo saber que no era justo que no supiera la verdad, pero es que me daba pánico decírselo y ni siquiera sabía si algún día sería capaz.

Me acosté más rayada que un disco, me costó mucho tiempo conciliar el sueño y es que no dejaba de visualizar los momentos de ese día.

Capítulo 11



—Buenos días, mi princesita —abracé a Alba, cuando vino a mi cama para decir que había cole. Como si yo no lo supiera...

—Mami, te has quedado dormida.

—No, cariño —sonreí—, es temprano aún.

—Y papi, ¿ya se fue ayer?

—¡Alba! —Me senté en la cama de manera fulminante, riendo y sin poderle decir tampoco, que no era el padre.

—¿Qué? —se echó a reír—. Todas tienen un padre pues ese es mío.

—Vamos a preparar el desayuno y vestirnos, que hoy me da un paro cardíaco.

—Pues papi te cura, es médico.

—Si, ya... —negué riendo.

En ese justo momento entró un mensaje a mi móvil y, cómo no, era de él.

Ismael: *Buenos días, preciosa. Dale un beso a mi hija, esa preciosa princesita.*

¡Ay, Dios! ¿La vida me estaba gastando una broma? ¿En serio? Y para colmo es que los dos decían la verdad ¡Me quería morir!

Jaca: *Si es tu hija, pásame una pensión alimenticia por ahora y por los años que no se la diste. Buenos días, doctor.*

Mandé ese mensaje en plan de broma, obvio, pero es que vaya mañanita, este comienzo me había puesto a mil por horas.

Ismael: *Trescientos euros por doce meses son tres mil seiscientos euros, por cuatro años son catorce mil cuatrocientos, ¿Dónde te lo ingreso?*

¡La madre que lo parió!

Jaca: *Tenga buen día doctor, pase por el psicólogo.*

Me eché a reír, no me quedaba otra y la pequeña me miraba sonriente y eso que no sabía ni porque me reía, en fin...

Le conté todo a Cloe, cuando llegué al colegio, se moría de la risa y me decía que ya debería contarle a Ismael la verdad, pero no, no me atrevía.

—Ese hombre te ama.

—Claro y hace cinco años también, cuando me dejó.

—Estaba casado...

—Me lo tenía oculto.

—No te quería perder...

—Me voy a dar clases porque entre todos me vais a volver loca, hasta mi madre babea porque yo vuelva con ese hombre —negué resoplando y andando hacia mis alumnos.

A la hora del recreo tenía un mensaje de él.

Ismael: *¿Qué te parece si nos vemos en tu casa y llevo pescado frito del asador?*

La leche, este hombre no descansaba de mí ni entre semana, madre mía.

Jaca: *Tengo lentejas, si quieres las comes y si no, las dejas...*

Ismael: *Jajaja, muy bueno, pero esas las dejamos para mañana, hoy llevo pescado del mejor freidor de la ciudad y mañana nos comemos las lentejas.*

Ah, muy bien, se autoinvitaba hoy y mañana. Joder con el doctor, cada vez se me hacía más raro pensar que pudiera tener a otra por ahí, más que nada por el tiempo que me dedicaba.

Jaca: *Como quieras, petardo.*

Ismael: *Dímelo con más alegría.*

Jaca: *¿Sabes la canción que suena mucho en Tik Tok y dice vamos a hacerlo cantando? Un, dos, tres, te fuiste... Jajaja.*

Ismael: *Sé hacer hasta el baile, jajaja.*

Jaca: *No te creo...*

Y ni tres minutos y me mandó el video de Tik Tok de él, lo peor de todo es que tenía Tik Tok y decena de miles de seguidores, me quedé boquiabierto, que fuerte.

Jaca: *No me lo puedo creer, jajaja.*

Ismael: *¿Cuándo vas a hacer uno conmigo?*

Jaca: *Ah no, yo eso sí que no, pero Alba, seguro que estaría dispuesta.*

Ismael: *Pues luego me marco uno con mi hija.*

Y otra vez buscándome con el tema, en fin, si él supiera...

Cloe se meó de la risa al ver los mensajes, encima lo buscó en Tik Tok y comenzó a seguirlo, a la jodida le gustaba mucho esa aplicación que ahora era tan famosa. Yo, pasaba de redes, tenía Facebook e Instagram, pero apenas ponía nada.

A la hora de la salida nos fuimos hacia casa y no le dije nada a Alba, cuando vio en la puerta a Ismael, corrió hacia él gritando papá, a lo que él le gritaba, ¡hija!

Aquello parecía de cachondeo, en mi vida me imaginé algo así, en fin, mi vida era una total locura.

Ismael me besó la mejilla con la bolsa de pescado y la niña encima, era todo un Don Juan, madre mía, me entraba hasta calor verlo y es que, aunque no lo reconociera, para mí era un hombre de esos que te alteran el corazón, las piernas y la vida.

Se pasaron toda la comida charlando, yo los miraba viendo como él, se ponía a su altura y ella toda emocionada le contaba las cosas de sus compañeros de clase, en fin, que me ahogaba por no soltar esos suspiros que querían salir de mi interior.

Cuando terminamos de comer, la niña se fue a su habitación y se tiró en la cama, solía a veces dormir la siesta ahí y ese día por lo visto estaba rendida porque cayó enseguida en un sueño.

Nos sentamos en el salón a tomar un café.

—¿Has pensado en las vacaciones?

—Ni tiempo he tenido —me reí.

—Bueno, no hay mucho que pensar, anoche cogí el hotel en la costa de Huelva, uno “todo incluido” para los cuatro...

—Te digo una cosa, si voy es con la condición de que mi parte y la de mi hija, me la pago yo.

—No, te dije que yo os invitaba.

—No me hace gracia, la verdad, así no.

—Bueno, ya me compensarás con algo, una buena cena, un fin de semana de escapada...

—No, eso no vale, el hotel es mucho más caro, he dicho que pago mi parte y la pago.
—Sabes que no lo voy a permitir.
—Pues no vamos.
—No me seas mala.
—¿Yo, mala? —me eché a reír.
—Nos vamos en dos semanas, en cuanto terminen las clases y llegue Iker.
—Madre mía, en los líos que me metes —reí negando.
—Dime la verdad, por favor, no seas orgullosa ¿No te apetece realmente ir?
—Sí, me apetece —murmuré mirándolo mientras quería matarlo.
—Pues entonces, déjate llevar, creo que ahora somos mucho más adultos y lo tenemos todo más claro.
—Ehhh, que aquí el único descarriado fuiste tú —hice un gesto de evidencia.
—También tienes razón, pero, ¿a que me estoy volviendo a ganar tu corazón?
—Te va a costar un huevo, te lo digo ya, me hiciste ser fría.
—Pero volveré a enternecer tu corazón y, poco a poco, lo estoy consiguiendo, al menos el de mi niña lo conseguí —volvió a nombrarla como si fuera de él.
—¿Tu niña? Qué morro tienes... —me eché a reír.
—Pues mía que es, hasta que no venga otro y la reclame —me hizo un guiño.
—Anda, anda, que tienes tela —negué.
—Y, ¿cuándo me vas a dar un abrazo?
—¡Pero bueno! No veas como pides —reí.
—¿No me lo merezco?
—A ti sé te da un abrazo y terminas por dónde yo sé.
—Ah no, te prometí respetarte hasta que te gane por completo.
—¿Y qué te hace pensar que lo conseguirás?
—Así me deje la vida en ello.
—Pues te va a costar parte de esta y de la siguiente.
—Eso es porque quieres vivir dos vidas junto a mí.
—Sí, en eso estaba pensado... —reí negando.
La verdad es que me encantaba que tuviera esos pensamientos y ganas, lo que peor llevaba es que pensaba que me iba a fallar de nuevo y no me dejaba llevar por la situación.
Volvió a quedarse con nosotras hasta después de la cena, además, acostó de nuevo a mi pequeña, esa que estaba con Ismael que no cagaba.
Lo acompañé hasta la puerta.
—Dame un beso...
—No —me eché a reír.
—Vamos —puso su mejilla.
—Tienes un morro que te lo pisas —lo fui a besar, pero hizo un ligero movimiento que terminé plantándoselo en los labios y se fue hacia el ascensor.
—Fue sin querer, lo llaman reacción —dijo haciéndome un guiño, mientras yo negaba.
Me quedé de nuevo suspirando y es que lo estaba arrancando todo de mí, todo aquello que llevaba dentro.
Al día siguiente vino a comer las lentejas y mi madre, al saberlo, fue al colegio por la niña y me dijo que se la llevaba con ella. Anda que no sabía nada esa mujer, además, en su casa tenía ropa, así que al día siguiente yo pasaría por ella para llevarla al cole.

Llegué a casa e Ismael estaba abajo, me miró con cara de no entender dónde estaba Alba.

—Se la llevó la abuela, por tu culpa no la vio ayer —me reí.

—¿Nos dejó mi suegra a solas?

—No es tu suegra —dije riendo, mientras abría la puerta.

—¿No? Ya verás como sí.

Comimos entre risas y es que yo me sentía cada vez mejor con él, luego pasamos la tarde en el salón, donde terminamos entre cosquillas, guerra de cojines y él, intentando robarme un beso que no consiguió. La verdad es que fue una tarde sorprendente.

Como los demás días, estuvo viniendo durante toda la semana, incluso el jueves le trajo a la pequeña una muñeca con la que se volvió loca y se lo comió a besos.

Ya me preguntaba si aquello era real, si de verdad estaba naciendo lo que un día no debió terminar y hasta pensaba en que, si la cosa seguía así, terminaría diciéndole lo de la niña. ¿Me lo perdonaría?

Capítulo 12



Y como no, llegó el viernes por la mañana e Ismael, me mandó un mensaje muy temprano.

Ismael: *¿Te apetece pasar el fin de semana conmigo? Por cierto, buenos días.*

Madre mía y para colmo, la niña se iba con mi madre, ya que tenía un cumpleaños el sábado todo el día de la nieta de Paca, su amiga, por lo que la iba a recoger del cole hasta el domingo.

—Ni se te ocurra decirle que no, te lo aviso, vas a ir y punto.

—Cloe, que vamos a terminar follando y no quiero.

—Pues voy yo, todo sea por darle una alegría al cuerpo —se encogió de hombros.

—Tú quietecita, que cobras —resoplé negando.

—Además, si sabes que vas a estar con él todo el finde, que menos que no tengáis que estar despidiéndose cada día para volver a veros.

—También tienes razón, pero me da un palo...

—Dame tu móvil.

—Ni de coña —me reí nerviosa, ya que la conocía y sus locuras no tenían límite.

—Bueno, pues si no quieres, ya puedes responderle tú que, sí aceptas, pero así, en modo gracioso, como si le estuvieses dando el “sí quiero” ante un sacerdote.

—Mira me voy, que no puedo contigo —negué riendo y marchándome a buscar a mis niños para entrar en clase.

En ese momento me llegó un mensaje más de Ismael.

Ismael: *Me dejas en visto, no me contestas, no me das los buenos días. ¿Por qué no paras de pensar y te dejas llevar por el corazón?*

¡Toma ya! Encima él, lo tenía más que claro, para verme la cara de tonta con esa sonrisilla que se me había quedado.

Jaca: *¿Dónde lo vamos a pasar? Por cierto, buenos días.*

Le respondí como él a mí, con ese, “por cierto”. En el fondo parecía una quinceañera, además él sabía que no tenía a la niña.

Ismael: *En mi casa...*

Jaca: *¿Tu casa? Mira que ya no me fio de esas cosas, jajaja.*

Ismael: *Cuando salgas de trabajar ve directa a preparar las cosas que yo llevo la comida, luego nos vemos.*

Jaca: *Ok.*

Ismael: *Ese, “ok” es muy soso.*

Jaca: ¡Tengo que dar clases! Jajaja.

A la hora del recreo cuando le dije a Cloe que me iba a su casa a pasar el fin de semana, comenzó a comerme la cabeza.

—Coge camiones sexys y ropa interior de lo más explosiva.

—Cloe, ni de coña, vamos, ni de coña, me llevaré mi pijama de pantalón corto con camiseta y la ropa interior de algodón que siempre uso.

—Desde luego hija, ¿Dónde está tu lado perverso?

—Lo perdí por su culpa —me eché a reír.

La verdad es que tenía tal temor, que me daba miedo dejarme llevar por nada, eso es lo que peor llevaba, no conseguía sacar esa parte de mí que tanto deseaba y es que aquella vez me hizo tanto daño, que me había puesto una coraza que ahora era incapaz de quitarme.

A la hora de la salida, ya estaba mi madre allí esperando a la niña, me despedí de ellas y fui hacia mi casa, Ismael aún no había llegado así que me puse a preparar las cosas que me iba a llevar.

No tardó en llegar con un pollo asado, croquetas y patatas, además de esa sonrisa de felicidad de saber que me iba con él, hasta me dio un abrazo mientras intentaba morderme el hombro y yo le apretaba para que se quitara. Era tremendo ese hombre, pero me sacaba una sonrisa tras otra.

—En el fondo me quieres.

—¿En el fondo? —me eché a reír mientras preparábamos la mesa.

—Muy en el fondo, pero yo lo sacaré, estamos predestinados para envejecer juntos.

—No sé yo... —soltó una carcajada.

—Alba, me da su voto a favor y tu madre, sé que también.

—Pero precisamente, son las que menos tienen que votar, así que, difícil lo tienes.

—Ya veremos, me lo seguiré currando. Con constancia y esmero, todo se logra en la vida.

—Estás fatal, te juro que estás fatal.

—Estoy enamorado, cosa que yo no lo oculto —se encogió de hombros.

—Anda, come, que te voy a poner el pollo de gorro.

—Y, ¿qué dijo tu madre de que te vinieras conmigo?

—Otra vez con el tema. ¿Qué más te da?

—Pues mucho, es mi suegra, además este fin de semana mi niña me echará mucho de menos.

—Sí, ya... —Negué, aguantando la risa.

Tras la comida nos fuimos a su casa, era una preciosidad, con un pequeño jardín y la casa no muy grande, pero nueva y una coquetería.

Tres dormitorios, salón, cocina, baño en el pasillo, en su dormitorio había otro y todo en una sola planta, además, detrás tenía otro pequeño jardín, todo muy cuidado.

Dejó mis cosas en su dormitorio.

—Yo no voy a dormir contigo —reí.

—¿No? Pues te tendré que atar y obligar.

—Te denuncio.

—Pues no sé cómo, ni teléfono y los chillidos no llegan a la calle —me pegó a él y besó mi frente.

—Estás cogiendo muchas confianzas.

—Demasiada, pero de que me estoy aguantando, no lo sabes tú bien.

Preparó dos cafés con unas pastas y nos sentamos en el salón, con las piernas en alto y mirando el uno hacia el otro apoyados con un brazo sobre el respaldo del sofá.

—Dime una razón por la que no deba robarte un beso en condiciones.

—Muy fácil, porque cojo la puerta y me voy.

—Te he dicho que te ato.

—Y te doy tal patada en la boca, que tienes que ir a un dentista de urgencias —dije poniéndome

nerviosa y soltando una carcajada.

—No creo que seas capaz —puso su mano en mi rodilla y la miré, luego a él, que sonreía, esperando que le soltara una de las mías.

—Ejem, esa manita...

Fue entonces cuando se acercó más y dejó su cara pegada a la mía.

—Te voy a dar un beso, si me quitas los labios, entenderé que tienes claro que no quieres dejarte llevar por esto que pienso que los dos sentimos y no lo volveré a intentar más.

—¡Para! —me eché a reír—. ¿Esto de qué va, de que a la primera tienes que conseguir tu objetivo o desistes? ¿Ese es el guerrero que había en ti y que iba a luchar?

—No, pero esperaré que seas tú, la que me pidas el beso —se acercó más y recé una plegaría en mi interior.

Me besó y me dejé llevar por ese beso, además, me agarró por la cintura y me sentó encima de él, quedando yo sobre sus piernas.

Sonreí mirándolo y volvió a besarme con esa sonrisa que tenía dibujada en su rostro, mientras rodeaba mi cintura y me apretaba contra él.

—No quiero que terminemos desnudos y follando como locos, solo quiero que te dejes llevar por este momento que la vida nos puso por delante de nuevo, para que yo no volviera a meter la pata, pero deseaba besarte más que a nada en este mundo y, sobre todo, abrazarte —me abrazó de nuevo con tanto cariño, que pensé que me desvanecería en sus brazos y me hartaría de llorar.

—No puedo seguir con esto —me aparté entre lágrimas.

—No te entiendo... —Agarró mis manos.

Cogí aire, si me liaba con él, no podía hacerlo desde la mentira, no podía ocultar esa verdad que había guardado como el mayor de mis secretos.

—Te he estado mintiendo todo este tiempo —dije derramando un montón de lágrimas y armándome en valor, en ese momento tenía claro que no era nadie para privar a mi hija y a su padre de que supieran la verdad y no esperar a ver si esto salía bien o mal, eso era de egoísta.

—¿En qué? —Me sujetó de la barbilla para que lo mirara—. Dime en qué, necesito saberlo, te amo más de lo que imaginas y no quiero perderte —estaba preocupado—. ¿Estás con alguien?

—No, no es eso.

—Me da miedo hasta escucharlo, tengo mucho miedo de que no vuelvas a estar en mi vida, pero quiero saberlo. No me da miedo la mentira, me lo merezco, en su día lo hice yo, me da miedo que no podamos intentar algo desde la verdad, que haya alguna cosa que nos lo vaya a impedir.

—No hables de nosotros, por favor, primero necesito contártelo y quizás serás tú, quien te quieras alejar de mí.

—Creo que debo tener la tensión por los suelos en estos momentos.

—Pues entonces me esperaré un rato porque se te terminará de bajar por completo —murmuré aguantando la risa y me miró aguantándola él también y arqueando la ceja.

—Dime —puso sus manos en mi cintura y me pegó más a él.

—A esta distancia no puedo —me eché sobre su hombro riendo.

—Espera —me puso a un lado, fue hacia un minibar que tenía en el salón y se echó un chupito —. ¿Quieres uno? —preguntó apretando los dientes.

—Sí y doble, lo necesito más que tú —me eché a reír.

Se vino con la botella y puso los chupitos sobre la mesa, no dejaba de mirarme y ladear la cabeza, me tenía que reír, sí o sí, lo que me daba miedo era ver su reacción cuando se lo soltara.

—Venga dale, creo que he entrado en calor.

—Normal, te has bebido tres de golpe.
—Veremos si cuando hables no me tengo que tomar la botella a palo seco.
—O tirarte por la ventana.
—Lo malo es que es un bajo —me eché a reír.
—Lo tengo crudo, lo mire por donde lo mire.
—Bueno, ya, vamos a ponernos serios y en situación —murmuré poniendo cara de tristeza.
—Venga, digas lo que digas, sabes que te voy a apoyar.
—Ya veremos... —tuve que soltar una carcajada.
—Di sin miedo.
—Pero, déjame hablar.
—Por supuesto.
—¿Recuerdas el día que me dijiste que estabas casado e ibas a ser padre?
—Sí, por desgracia...
—Yo iba para darte otra noticia.
—No entiendo...
—Yo estaba embarazada de Alba y lo acababa de descubrir.
—Espera... —dijo poniéndose de pie y jalando del cuello de su camiseta, lo siguiente fue echarse otro chupito—. ¿Alba es mi hija, y no me lo dijiste?
—Sí —miré hacia el suelo.
—¿Alba, es mi hija?
—Sí, te he dicho que sí.
—¿Y por qué no me lo dijiste? —Se sentó de nuevo a mi lado y mirándome de frente.
—Después de lo que me soltaste, no tuve fuerzas para hacerlo.
—¿Sabes lo que hubiese cambiado la cosa?
—No.
—Me hubiese ido contigo, eso sí que lo tengo claro.
—Bueno, tampoco se sabe...
—¿Sabes?
—Dime.
—Lo de Alba lo llevo sospechando desde que estuviste con ella en el hospital, es más, nunca me creí lo de que tuviste al poco tiempo relaciones con otro hombre, pero, por otro lado, decía que no podía ser mía porque tú, no me lo habrías ocultado —dijo poniendo su mano en mi hombro, no era tono de enfado, pero sí de decepción.
—Pues, ya sabes toda la verdad.
—¿Y no me lo pensabas decir?
—Jamás, desde ese día decidí que era mi problema.
—Vale que pensaras que yo no tenía derecho, pero ella sí tenía derecho a saber quién era su padre.
—No me vayas a dar ahora clases de moralidad, ¿entendido?
—Yo la cagué, pero lo que tú hiciste es mucho más doloroso, con ese tema jamás se debe de jugar.
—¿Me hablas a mí de jugar? ¡Vete a la mierda! —Me levanté para ir a coger mis cosas, pero me agarró de la mano y me sentó de nuevo.
—No, tú no te vas a ir, no te pienso perder por segunda vez.
—Ni me voy a quedar para que tú me señales a mí como si no lo hubiera hecho bien, o como a

ti te diera la real gana.

—No te señalo, te digo que deberías de haberte enfrentado a mí y poner la verdad sobre la mesa.

—Sí, como tú lo hiciste, de machito y protector de un matrimonio que yo desconocía.

—Estamos hablando de nuestra hija, no de una relación.

—Una hija fruto de una mentira que tú, te encargaste de llevarla a ese punto.

—Perdona, estoy muy nervioso —quiso abrazarme, pero me aparté.

—Yo también lo estoy y no por eso te hablo mal.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

—No estabas en mi piel, no te imaginas cómo me destrozaste la vida, el daño que me causaste y con la frialdad que me dijiste que te ibas con ella.

—Quería parecer duro, no quería que fuera más difícil.

—Fuiste muy egoísta, pues pensaste en ti y solo en ti.

—Pensé en ti cada día de mi vida.

—Yo también, por desgracia yo también y es que te veía en los ojos de mi hija.

—Nuestra hija, que no se te olvide —murmuró con tristeza y rabia.

Le pedí que necesitaba salir sola a dar un paseo por la zona, se quedó callado y me fui a pensar. Juro que había esperado todo menos eso, sé que estaba en shock y reaccionaba desde el desconcierto, pero lo primero que debió haber hecho era ponerse en mi lugar.

Lloré en ese paseo lo que no estaba en los escritos y llamé a Cloe, para contarle todo.

—No te lo puedes tomar así, piensa que se quedó a cuadros, ni nosotras sabemos cómo reaccionaríamos ante eso.

—Ya lo sé, pero es que te juro que no me lo esperaba.

—Bueno, vuelve a la casa y lo abrazas, hazlo por tu hija.

—Veremos cómo está cuando llegué.

—En shock, seguirá en shock, pero apóyalo un poquito, hija.

—Madre mía, no sé para qué te llamo, eres pro - Ismael.

—Soy pro tu felicidad y lo quieras admitir o no, a ese hombre lo amas más que a tu vida, así que no lo pienses más, vuelve y verás cómo todo comenzará a ir como debe ser.

—Bueno, volver, tendré que hacerlo.

—Pues hazlo ya...

Y eso hice, me di la vuelta para volver allí, entre esa parte de miedo y deseo porque estuviera tranquilo y, como decía mi amiga, lo amaba más que a mi vida, esa era la verdad.

Capítulo 13



Llegué a la casa y estaba la puerta delantera del jardín entreabierta, así que pasé para dentro.

Ismael al escucharme salió al jardín y me acerqué a él, no me hizo falta decir nada, me dio un abrazo fuerte.

—Siento el no haber sabido cómo reaccionar, pero no sabes cuánto me alegro de que esa niña sea mía.

—Lo sé.

—¿Se lo piensas contar a ella?

—Tiene cuatro años, se lo diré, buscaré la manera para que suene de forma Disney —sonreí, volteando los ojos.

—¿Me dejarás ayudarte?

—Claro.

—Creo que, a Iker, le hará mucha ilusión saber que tiene una hermanita y espero que a ella también.

—Seguro, estoy convencida de que sí.

—Una hija mía... —Me abrazó besando mi cuello, intentando asimilarlo todo, en el fondo ahora me daba hasta pena.

Pasamos hacia dentro y sirvió dos copas, menos mal que esa noche no tenía a la niña, madre mía, aquello pintaba que íbamos a acabar borrachos y llorando las penas, esperaba que no fuera así.

Me sentó de nuevo sobre él, que agarraba mis caderas y me miraba con esos ojos que se clavaban en mi corazón y me hacían caer rendida a sus pies.

—El domingo nos vamos temprano a por la niña, quiero que pasemos el día con ella.

—Vale —arqueé la ceja, me parecía bonito que quisiera estar con su hija.

Y después de mirarnos unos intensos segundos, comenzamos a besarnos con euforia, como si en ese momento estuviéramos haciendo todo lo que llevábamos tiempo esperando.

Me cogió en brazos y me llevó hasta su habitación, yo iba sonriendo pues sabía lo que iba a pasar, pero, no lo iba a rechazar en ningún momento, lo deseaba más de lo que él podía imaginar.

Me sentó sobre la cama y él se puso frente a mí, poniendo sus piernas flexionadas a cada lado de las mías. Agarró mis manos con esa media sonrisa que me dejaba de lo más sensible.

—Cuando no haya un mundo contigo, no lo quiero vivir —murmuro acariciando mis manos y mirándome fijamente.

—Joder, pues sí que eres romántico —me eché a reír de los nervios.

—Tú eres la razón para que me salga ese lado.

—Y ahora, ¿qué pasará? —pregunté tonta de mí, pero es que no quería preguntarlo en alto.

—Ahora pasará que el domingo hablaremos con Alba, poco a poco, luego será tu última semana

de trabajo. Iker, llegará un día antes de que nos vayamos y aprovecharé para pasar ese día con él y contarle todo. Pasará que voy a luchar cada día por hacerte feliz a ti y a mis hijos, pasará todo lo bonito que nos merecemos que pase.

—Joder, dicho así, suena bien —me reí dejándome caer en su pecho y él, me abrazó.

—Pues tírate conmigo a la piscina, esta vez tiene agua —mordisqueó mi labio y me besó.

—Me tiro, total, si me rompo la cabeza, al menos por mí no quedó en intentarlo.

—No te la romperás, no permitiré jamás que eso pase.

—Bueno, el tiempo dirá.

—El tiempo está en nuestras manos...

Y nos comenzamos a besar y dejar de hablar, que lo hicieran nuestras caricias y miradas que lo transmitían todo.

Se despojó de mi ropa sin pensarlo, al igual que yo me dejé llevar quitándome todos esos miedos que se agolpaban en mi cabeza.

Se echó desnudo encima de mí para seguir besándome, me encantaba esa manera que tenía de comenzar algo que terminaría en una pasión irrefrenable, de esas que ya conocía de su mano.

Tras un rato de besos y roces, comenzó a acariciarme toda la piel con sus labios, mientras sus manos apretaban mis caderas. Su boca se posó entre mis piernas, esas que abrió con sus hombros.

Comenzó a lamer y mordisquear, mientras yo movía mis caderas de forma incesante, por aquel placer que me estaba poniendo como una locomotora, esto lo había deseado tanto tiempo, que estaba soltando todo eso que llevaba dentro de mí.

Me agarré fuerte a las sábanas y retorcí todo mi cuerpo cuando sus dedos hacían círculos en mi zona más hinchada, esa que me llevó a tener un intenso orgasmo.

Caí sin fuerzas hacia atrás, poniéndome las manos en la cara, ya que, en el fondo, sentía una vergüenza increíble de verme de nuevo en aquella situación con Ismael, el hombre de mi vida.

Me penetró y me levantó con sus brazos las caderas, fue otro momentazo que me dejó sin aliento, con el corazón a mil por horas, parecía que se me iba a salir del pecho.

Cuando terminamos de hacerlo fue al baño y regresó, me abrazó y me pegó a él.

—De aquí no salimos hasta la cena —murmuró mordisqueando mi labio.

—No tengo prisa, hoy no tengo niña —reí.

—No tenemos, a ver si te lo voy a tener que estar recordando constantemente, aunque, por otro lado, porque la tiene tu madre y mañana va a un cumple, de lo contrario, ahora mismo iría a por ella.

—No, por Dios, déjame un poquito de paz —reí.

—¿Paz? Conmigo no tendrás de eso —reía besando mi sien—. Por cierto, ¿te apetece salir esta noche a cenar a alguna terracita?

—Pero pago yo.

—¿Tú? Te debo cuatro años de pensión alimenticia de nuestra hija —se echó a reír.

—No, no me debes nada, pues no te pedí jamás nada y no lo pienso hacer.

—Bueno, pero ella es mi responsabilidad también.

—La que quieras tener, pero por mi parte jamás pediré nada, con mi trabajo me basto.

—No me seas orgullosa —arqueó la ceja y me dio una palmada en el culo.

—No es orgullo, es costumbre y, además, soy así —lo besé sonriendo.

—Pues conmigo el orgullo no va, así que tendrás que cambiar.

—Bueno, ya habló el machito —me reí.

—No, el justo —me abrazaba y besaba constantemente.

Lo volvimos a hacer antes de irnos a la ducha para prepararnos y salir a la calle. Estaba guapísimo con esa camisa blanca de lino y esos vaqueros, además, sus deportivas eran preciosas y en el mismo color que la camisa.

Yo me puse un pantalón corto de color negro con unas sandalias de tacón en blancas, al igual que la camiseta que llevaba, que era muy mona.

No dejaba de decirme lo guapa que estaba y hasta llegar al coche, fue apretando constantemente mi nalga.

Fuimos a un restaurante en el centro de la ciudad, a su terraza, un lugar muy bonito con unas comidas muy elaboradas y una presentación en los platos increíbles. Ahora se veía que no me escondía, me ponía en medio de todo el bullicio por donde pasaba todo el mundo y encima sujetaba mi mano por encima de la mesa, acariciándola, estando en todo momento de forma muy cariñosa.

Pedimos una botella de vino blanco y un pescado a la brasa con verduras, la verdad que la pinta era espectacular y el sabor inmejorable, todo un acierto era siempre ese lugar, pidieras el plato que pidieras que, por cierto, hacían unas carnes espectaculares, pero para la noche se hacían muy pesadas.

—Me siento el hombre más feliz del mundo.

—Yo me alegro —sonreí.

—Y estar de nuevo junto a ti y con familia incluida, no sé, se me hace muy dulce este momento a pesar de que me costó digerir que no me lo hubieras dicho hasta ahora y pensar que no nos hubiéramos encontrado nunca...

—¿Me vas a dar la cena? —reí.

—Perdón —extendió sus manos y apretó los dientes sonriendo.

—Estamos, ahora queda que todo sea como esperamos, que no se quede en humo —le hice un guiño.

—Tú no te me escapas ni, aunque lo intentes —se echó a reír.

Pasamos toda la cena entre risas y momentos que fueron buenísimos, luego nos fuimos a un pub a tomar una copa y hasta me agarraba para bailar, era un precioso descarado que me tenía flotando por encima del suelo.

Nos dieron las tres de la mañana, de copas en la calle, al final volvimos en taxi para no conducir bajo los efectos del alcohol, así que llegamos a su casa y terminamos de nuevo entre esas sábanas que se habían convertido en todo lo que necesitábamos.

—Como me sueltes en algún punto de la noche, te despierto y te lo vuelvo a hacer —dijo besando mi nariz.

—Pues con todo lo que me muevo...

—Pues agárrate bien fuerte —dijo poniendo mi brazo sobre su pecho y dándome un precioso beso de buenas noches.

Cómo no iba a morir de amor, si me estaba dando todo lo que un día la vida me arrebató...

Capítulo 14



Me desperté y estaba mirándome fijamente, pegado a mí.

—Joder, me has asustado —dije riéndome.

—¿Tan feo soy?

—Un horror —me reí tirándome a su pecho.

—Pues para ser un horror no veas el pedazo de hija que hicimos —me encantó que en su primer pensamiento la tuviera en mente.

—Esa fui yo, que tuve un arte...

—También es verdad —carraspeó y comenzamos a besarnos.

Lo hicimos de forma dulce y acaramelada, con esas sonrisas que no dejaban de reflejarse en nuestras caras y es que se notaba que los dos estábamos viviendo ese momento.

Luego nos fuimos a la ducha y a desayunar a la calle, ese día que nos lo pusieran todo por delante, además, el sol estaba ahí más reluciente que nunca.

Café, tostadas, croissant y zumo, eso me pedí ante la sonrisa de Ismael.

Mientras desayunaba le hice una videollamada a mi madre para que me pusiera a la niña y cuando se puso ella, nos pusimos Ismael y yo.

—Anda si estás con mi papi —soltó la muy descarada.

—Y tu papi te va a llevar mañana de nuevo a comer esa hamburguesa que tanto te gusta —dijo Ismael, causando que la niña se pusiera a tocar las palmas.

—Papi, me tienes que recoger un día del cole, tienes que aparecer por allí para que todos mis amigos vean que tengo uno.

—Por supuesto, el mismo lunes estoy en la puerta del colegio para cogerte en brazos y llevarte como una princesita.

—Vale —reía y a mi se me caía el alma al suelo.

—Por cierto, hija, pásatelo muy bien en el cumple, pero te cuento un secreto —se puso la mano a un lado de la boca—, mañana lo pasaremos mejor.

—Vale, papi —reía la muy condenada.

—Al final lloro y todo —dijo mi madre, apareciendo en la pantalla.

—Hola, suegra —soltó el muy descarado.

—Hola, yerno mío, qué feliz me tienes.

—Intentaré que así sea siempre.

—No lo dudo, se te ve buen hombre.

—Gracias —arqueó la ceja.

—Papi, la abuela dice que tú me quieres de verdad.

—La abuela habla más de la cuenta —interrumpí yo, riendo.

—La abuela tiene razón y debes de hacerle caso en todo lo que te dice.

—Me dijo que eres mi papi de verdad, pero que no me encontrabas.
—¡Mamá! —solté regañándola.
—Muy bien que hizo usted, con la verdad hasta el final.
—Hija, una sabe como hacer las cosas.
—Papi que yo te quiero mucho, aunque te hayas perdido.
—Ay madre... —Me puse la mano en la cara.
—Yo también te quiero hija mía, además tengo que contarte algo, no me perdí solo, pero mañana lo hablamos, ¿sí?
—Sí, que ya me dijo mi abuela que está por venir mi hermanito que tuvo que irse a vivir fuera —reía emocionada.
—¡Mamá!
—Tu madre es la mejor del mundo —dijo Ismael, muerto de risa.
—Bueno hijos, os dejo, ya los deberes como visteis lo hice, pasad un buen día.
—Mamá, ya hablaremos.
—Contaba con ello —se persignó ocasionando a padre e hija, una risa.
Nos despedimos de la niña y me puse las manos en la cara.
—No puedo con mi madre. ¿Cómo se le ocurre hacer eso?
—Le dijiste que yo ya sabía la verdad y ella aprovechó para facilitarnos las cosas.
—Pero ella no tiene derecho...
—Lo tiene, te guste o no, es la que te ayudó a sacarla adelante, no se te olvide.
—Ya, pero...
—Hizo lo correcto y me alegro infinito que la niña se lo haya tomado tan bien, señal de que supo cómo hacerlo.
—Pero...
—Ni, pero, ni nada. A desayunar que se enfría.
—Joder, que fácil lo ves todo.
—Ahora no hay obstáculos que se me resistan y hay que saber empezar de cero y sin nadie estar ajeno a la realidad.
—Pero se lo íbamos...
—Pues hubo un cambio de planes —no terminó de dejarme hablar.
A ver, por un lado, me encantaba que mi madre hubiera tomado la iniciativa, pero por otro me molestaba, ya que eso era primero, decisión mía y segundo, yo debía ser la que se lo contara, pero prefería tomarlo como que ella me quiso echar ese cable ante tal situación, en fin, ya lo sabía y como era, se lo había tomado más que bien, se la veía muy feliz de saber que Ismael era su padre.
Tras el desayuno nos fuimos a un centro comercial, le tenía que comprar a la niña unos bañadores para el viaje, ya que los del año anterior le iban a quedar bien apretados.
Le cogí tres bañadores y a Iker también, pero bueno, no me dejó pagar y se puso cabezón como el mismo, decía que él se lo compraba a sus hijos, pues nada, allá él.
Al final le compramos de todo, bueno, todo lo pagó él, que no había forma humana de cambiar de opinión, decía que le tenía que dar a su hija todo lo que hasta ahora no le había podido dar y yo le decía que no era así, que con estar era más que suficiente, pero a cabezón no había quién le ganara y terminé desistiendo de discutir con él.
A mí también me compró un par de bañadores, unas blusas preciosas en blancas de playa, que eran de lo más bonitas y elegantes, me encantaban, además de un bolso grande para llevar las toallas y cosas de los niños por el hotel. Vamos, que salimos del centro comercial cargado de

bolsas.

Y de allí nos fuimos a comer a un bar que había en un puerto pesquero, se comía un pescado frito que era de lo más fresco, así que nos decantamos por aquel lugar.

Ismael me trataba con un cariño impresionante, además le salía esa alma mandona, pero a modo de protección y desde el respeto, me encantaba como se comportaba conmigo y con el tacto que tenía en todo.

Pasamos una comida divertida hablando del viaje que nos esperaba con los niños en unos días, como decíamos, o lo pasábamos en grande o terminaríamos por los pelos todos.

Tras la comida nos fuimos a su casa donde nos pusimos a tomar unas copas en el jardín, se estaba de muerte allí, además había una ligerita brisa que acompañaba ese sol y formaban un tándem perfecto.

No dejaba de hablar de sus hijos, cosa que me encantaba que nombrara tanto a Alba, como a Iker, los dos eran suyos y los dos se merecían ese hueco en su corazón, además, yo sin conocer a su hijo lo adoraba, era el hermanito de Alba y con eso ya era más que suficiente para que lo quisiera sin haberlo visto.

Pasamos la tarde charlando y luego fuimos a ducharnos donde, por supuesto, los besos se vinieron sucediendo solos para dar paso a otro momento de esos en los que terminamos con un revolcón de mil pares.

Preparamos una ensalada con unos bocados de queso y jamón serrano, nos sentamos en el salón a cenar y ahí estuvimos hasta que nos fuimos a la cama, a la mañana siguiente queríamos ir pronto por la niña.

Nos despertamos bien pronto, demasiado diría yo, pero todo por tener un despertar de aquella manera, entre orgasmos...

Parecía que teníamos un imán en nuestros cuerpos, no podíamos dejar de atraernos el uno hacia el otro, eso, o que pretendíamos en unos días recuperar todos esos años que perdimos.

Tras el desayuno metió una bolsa con ropa en el coche, se iba a quedar esa semana se iba a quedar en casa con nosotros, hasta el viernes que recogería al niño en el aeropuerto y se quedaría con él, hablando a solas hasta el día siguiente en que nos fuéramos para el viaje.

La pequeña corrió hacia su padre gritando papá, madre mía, a peliculera no la ganaba ni Dios, mi madre reía feliz de ver esa imagen que, imagino, que tantas veces soñó, como yo.

Nos fuimos para mi casa y le hice a Ismael, un hueco en mi armario para que pusiera su ropa, la niña no dejaba de seguirnos mirando al padre en todo momento y sonriendo, se le veía una felicidad que me hacía sentir en una nube.

Obvio que luego nos fuimos al burger, vamos, cualquiera dejaba a la niña con las ganas, eso sí, salió hacia el coche de la mano del padre, a mí me había dejado en un segundo plano, pero, ¿y lo feliz que me hacía verlos así?

En el burger gritó el nombre de papá mil veces, además Ismael, le seguía el rollo en todo, así que más feliz la tenía, yo ya empezaba a coger celos. ¿Se acordaría en algún momento que estaba ahí yo, o sea, su madre?

Estuvimos allí un buen rato, la verdad es que me hacían reír como nunca, a pesar de esos bonitos celos que sentía, pero a la vez me alegraba que disfrutaran el uno del otro, todo lo que antes no habían podido disfrutar.

De allí nos fuimos al parque a merendar, además estaba cerca de mi casa con lo cual, allí se encontraría a sus amiguitas.

La dejamos jugando un par de hora mientras la observábamos y charlábamos, se le caía la baba

con su hija, pero no dejaba de nombrar a Iker, imaginaba cuanto lo echaba de menos, menos mal que en unos días ya lo tendría con él.

Cuando volvimos a mi casa, Ismael se quedó fuera, ya que iba a hablar con la madre de su hijo y contarle la verdad, no quería hablar con el niño sin que ella no lo supiera, era lógico y entendible.

Estuvo un buen rato, ese que aproveché para bañar a Alba, que no dejó de hablarme de su padre de lo más feliz, además, como se había venido unos días, ella ya decía que iba a vivir con nosotras. Me la comía, era una adorable loquita soñadora, en cierto modo salía a mí.

Entró Ismael y me puso una sonrisa dándome a entender que todo estaba bien, luego me contaría.

Preparamos la cena y luego acostó a la niña, vamos que se tiró a sus brazos para que no se le olvidara que era él, quién la tenía que acostar.

Luego apareció por la cocina y me contó que la madre de Iker, lo había entendido, en su día supo que estuvo conmigo porque él se lo contó, se había sorprendido mucho, pero le deseaba lo mejor y lo único que quería es que no se olvidara de su hijo, algo que sabía que no pasaría.

Además, habían pactado que él, se lo quedara hasta septiembre, cosa que ella le dijo que, al menos, iba a aprovechar el verano conociendo a su hermana y familiarizándose con ella.

Me gustó mucho que tuviera esa actitud, es más, me mandó saludos y que cualquier duda o cosa que necesitara del niño, no dudara en hablar con ella cuando quisiera o lo deseara, eso era un acto noble y bonito por su parte. La verdad es que ella tampoco tenía culpa de nada, ellos se enamoraron un día y de la misma forma a los dos se les fue el amor.

Y luego los niños no tenían nada de culpa, bajo ningún concepto y por eso y por ellos, debíamos todos de remar en la misma dirección.

Esa noche dormí con mucha paz, algo me decía que la vida por fin se estaba encargando de ponerlo todo en orden.

Además, eso les haría mucho bien no solo a los niños, sino a Ismael, que de golpe se encontraba en una situación un poco sorprendente para él.

Lo abracé bien fuerte para dormir, esperaba que ahora todo fuera el principio de todo aquello que siempre deseé.

Capítulo 15



Cuando me levanté ya no estaba Ismael en la casa, él entraba muy temprano a su turno.

Nos había dejado dos folios, uno para Alba, diciéndole que era su princesita y que la quería infinito y otro para mí en el que me decía. ¿Y el siguiente para cuándo?

¿En serio? A ver que solo preguntaba eso, entonces podía ser el siguiente polvo... No quería pensar que se refería a otra cosa porque si no, lo mataba, vamos lo capaba, por ahí sí que no. Me eché a reír ante la mirada de mi hija que no entendía nada, pero feliz estaba como la que más.

Mientras desayunábamos le puse un mensaje preguntándole que significaba esa pregunta.

Ismael: *El siguiente hijo...*

Menos mal que no tenía un trago del café en ese momento porque si no, hubiese tenido que cambiar enterita a mi hija de nuevo, pues la tenía en frente.

Jaca: *Con eso sí que te vas a quedar con las ganas...*

No tardó en responder.

Ismael: *Me juego lo que quieras a que no.*

Encima era desafiante el tío, es más, su seguridad me daba hasta miedo, me ponía a echarme a temblar porque era como si al final fuera a pasar y yo, después de sacar a mi hija adelante, ni se me ocurriría pasar de nuevo por lo mismo, ahora me tocaba vivir y disfrutar de ella, además, él ya tenía dos, así que iba que se aplaudía solo, no necesitaba más.

Esa mañana cuando salimos del centro estaba Ismael esperándonos en la puerta. La pequeña corrió hacia él, gritando a pulmón abierto la palabra “papá” esa que quería que se enterara todo el mundo.

Cloe, casi rompe a llorar.

—Joder hija, qué mono es y vaya escena acabo de vivir, mira como la abraza y esa sonrisa...

—Vete a tomar por culo, deja de babear.

—Si es que lo quiero hasta para mí.

—Sí hombre... —resoplé riendo.

Nos acercamos a él, me dio un beso en los labios sonriendo y con la niña en brazos, agarrando su cuello para que no se le escapara.

Le presenté a Cloe y me despedí de ella hasta el día siguiente.

Ismael se llevó en su coche a Alba y yo fui detrás en el mío, la verdad es que era emocionante que mi hija viviera esos momentos que estoy segura de que siempre imaginó.

Cuando llegamos a la casa mi madre había dejado allí una carne estofada y las patatas en remojo para que solo las friéramos, era adorable y la verdad es que se desvivía por nosotros.

Freímos las patatas mientras nos cambiábamos y poníamos cómodos, la pequeña era como yo, era llegar a la casa y cambiarse de ropa.

Tras la comida el padre sentó a la pequeña en el sofá sobre sus piernas y en diez minutos ya

estaba durmiendo, la llevé a su cama y volví para sentarse a mi lado.

Me parecía increíble que todo marchara tan bien y que nuestras vidas parecían que se estaban uniendo de una manera imparable.

Esa noche nos acostamos charlando sobre aquel viaje del que en unos días estaríamos disfrutando, sobre todo, los niños, esperaba que encajaran bien, eso era algo que me preocupaba.

El martes nos volvió a dejar unas notas con dibujitos, en mi caso corazones, eso me daba el mejor despertar de todos, además, Ismael, era un hombre de lo más detallista.

Mi pequeña hasta suspiraba viendo el dibujo que le había dejado donde salía él, yo y Alba junto a su hermano.

Cloe al verme comenzó a decirme que era normal que me hubiera quedado traumada por ese hombre, pues hasta ella lo estaba desde que lo conoció el día anterior.

—Anda, anda que te cojo por los pelos y te restriego por el patio.

—Tonta, sabes que yo a ti te respeto a pesar de esa debilidad que llevas al lado.

Sabía que mi amiga todo lo decía en broma, menos lo de que le parecía de lo más atractivo y es que lo era, eso era innegable.

La mañana pasó de lo más lenta, yo pensaba que alguien estaba retrasando las manillas del reloj, pues eso no avanzaba ni a tiros. Para colmo, ese día por la tarde entregaba las notas con lo cual Ismael, iba a recoger a la pequeña, le daría de comer y yo volvería más tarde a casa.

Así fue, salí a saludarlo, la pequeña corrió a él gritando, como no, “papá” y se abrazaron con ese cariño tan grande que desprendían el uno hacia el otro.

Comí con Cloe en el bar del colegio, un par de bocatas que nos pedimos y un refresco, la verdad es que me encantaba hablar con ella, era tan divertida y bromista, que me hacía mucha gracia.

Entregué las notas y luego recogí las de mi hija, aún estaba en preescolar, pero las calificaciones eran brillantes cosa que me sacó una gran sonrisa y al padre cuando se las llevé.

La pequeña no dejaba de decir que era la mejor en los estudios, era para verla, pero ojalá siguiera con ese mismo entusiasmo siempre y terminara sacándose una carrera.

Nos duchamos y nos pusimos a preparar la cena, ese día ya estaba fuera y solo quedaba dos de cole más, uno de descanso y nos íbamos de vacaciones.

Alba, no dejaba de decir que estaba deseando conocer a su hermano Iker, no paraba de planear qué harían en el hotel y yo la miraba pensando que, por Dios, no me volviera loco al pobre chiquillo.

Esa noche nos acostamos hablando sobre ello, los dos estábamos nerviosos por ver cómo se comportarían al conocerse y ya quedaba poco para saber qué pasaría.

Capítulo 16



Como todas las mañanas el miércoles no fue menos, nos dejó unas notas sobre la mesa diciendo lo mucho que nos quería, pintando un reloj y debajo una playa, haciendo entender que ya quedaba menos.

Esa mañana increíblemente pasó volando, Ismael nos esperó fuera y la pequeña corrió a sus brazos, de allí nos fuimos a comer con mi madre, a la pobre la teníamos un poco abandonada y había que ir a hacer acto de presencia y que viera a su nieta.

Estuvimos con ella hasta después de merendar, que nos fuimos para mi casa y duché a la pequeña, luego lo hicimos nosotros antes de preparar la mesa.

Cuando acostamos a la niña nos quedamos en el salón y me contó algo.

—La mamá de Iker ya le contó que tiene una hermana, se lo tomó muy bien y está deseando conocerla, ella lo hizo para que viniera más relajado y no pensará en nada más que en disfrutar de Alba.

—Joder, que gesto más bonito.

—La verdad es que se está portando muy bien con este asunto y se lo admiro —decía acariciando mi hombro.

—Pues sí, la verdad que los dos estáis llevando muy bien el tema del niño.

—Es lo mínimo que podemos hacer por él, estar en guerras que no llevan a ninguna parte es dañarlo, además, lo nuestro terminó y somos dos personas adultas sin ganas de estar enfrentados por cosas que no tienen que ver, lo único por lo que debemos velar es por el niño.

—Pues sí —sonreí con esa sensación de que todo estaba marchando bien y que, por fin, algo me salía medio en condiciones en la vida y es que a mí no me gustaba vivir en guerras y menos cuando hay algo de tanto valor como son los menores.

Además, ella no me hizo jamás nada, en todo caso lo hice yo, pero por supuesto siempre desde el desconocimiento, malintencionadamente jamás, es más, si lo hubiera sabido nunca me habría liado con él.

Esa noche dormí con más paz aún de lo que llevaba haciéndolo las anteriores veces, era como si todo estuviera en su sitio, encajando las piezas de ese puzle que un día estuvieron de lo más descolocadas.

El jueves por la mañana la pequeña estaba feliz porque era el último día de cole. Fue corriendo a la cocina a descubrir que le había dejado como nota su padre, esta vez cuatro corazones y dentro nuestros nombres y el de Iker.

A mí un “te amo” bien grande, cosa que me sacó la primera gran sonrisa del día.

Nos fuimos al último día de cole, que lo que se iba a celebrar era una fiesta por cursos, así que Alba, iba de lo más emocionada.

La mañana la pasé prácticamente hablando con Cloe, la verdad es que estábamos siempre como

dos mellizas que vivían inseparables en aquella escuela, la gente hasta se reía con nosotras diciendo que el día que no nos viéramos en el recreo, es porque algo había pasado.

Nos despedimos de todos hasta septiembre, bueno, con Cloe no, pues con ella me vería sí o sí, además teníamos pendiente una comida en mi casa.

Ismael nos recogió y, cómo no, la pequeña corrió hasta él, como alma que lleva el diablo, más feliz no podía ser.

Esa tarde la pasamos en casa y por la noche se despidió explicándole que por la mañana se iría dejándole un besito y no volvería hasta el día siguiente, ya que tenía que recoger a Iker, no le hizo falta explicar más nada, Alba le dijo que los esperaría ansiosa, me la comía.

Esa noche lo hicimos sin prisas, estábamos que parecía que por separarnos veinticuatro horas se nos acababa el mundo, pero él necesitaba ese primer día a solas con su hijo y yo apoyaba esa manera de pensar.

Por la mañana me desperté cuando lo escuché y nos tomamos un café juntos entre besos y abrazos, me daba un cosquilleo saber que nos íbamos a separar tantas horas, pues en el fondo me dolía, además, esa noche lo iba a echar mucho de menos.

Cuando la pequeña se despertó miró el folio que le había dejado el padre, diciéndole que la quería hasta el infinito y más allá, la pobre sonrió y dijo con tristeza que lo iba a echar de menos.

Nos fuimos a pasar el día con mi madre, luego comimos en el burger las tres y así la pequeña pasaba los nervios jugando y distraída en ese lugar que tanto le gustaba.

Mi madre no dejaba de decirme que estaba muy feliz de vernos a las dos con él, le caía muy bien y le tenía mucho respeto a pesar de todo lo que pasó. Como ella dice, dejamos la carne en el asador ese verano y nos terminamos quemando, pero nos dejamos huellas, esas que ahora estaban unidas y que algo le decía que sería para siempre.

Ismael no dejaba de ponerme mensajes diciendo que todo estaba genial y que Iker, estaba deseando conocer a su hermanita, que estaba deseando que llegara el día siguiente para irnos ¡Yo, sí que lo deseaba! Me moría de ganas.

Cenamos con mi madre en su casa y luego nos despedimos hasta la vuelta de las vacaciones, le prometí que la llamaría cada día y le mandaré fotos de todos.

Al llegar a casa, la pequeña se puso conmigo mientras preparaba la maleta, ella iba guiándome en todo lo que le debía de meter, era tremenda, esa noche no tenía nada de sueño, como yo, que estaba echa un mar de nervios y una ligera tristeza de no tener a Ismael a mi lado. Parecía tonta, pero es que, con él, me sentía la mujer más feliz del mundo y no existían las tristezas.

Alba me pidió dormir conmigo y, por supuesto, no me pude negar, al menos la tendría a mi lado sintiéndome menos sola, porque, joder, aunque no fuera tan dramática como ella, me sentía de lo más sensible aquella noche.

Lo peor fue que no cogíamos el sueño y la pequeña no dejaba de hablarme de su hermano, anda que no planeaba nada, me iba a volver loco al pobre chiquillo, eso, o que él cogiera la batuta y la frenara un poco. A ver por donde salían.

Capítulo 17



Había llegado el día de salir los cuatro de viaje. Si me dicen esto hace un par de meses, ni me lo creería.

Sábado y con las maletas listas, esperando que Ismael, llegara a casa con su hijo a recogernos.

La verdad es que estaba nerviosa, por un lado, quería que los niños se conocieran y se llevaran bien, pero, por el otro, me daba miedo a que reaccionaran mal, sobre todo Iker, que no le conocía ni sabía cómo le había educado su madre.

Imaginaba que bien, pero es sabido que los niños a esa edad pueden sentir celos y, claro, no quería que mi hija sufriera.

—Mami, ¿cuándo llegan papá y mi hermanito?

—No creo que tarden, mi vida —sonreí, porque mi pequeña estaba de lo más emocionada e ilusionada por conocer a su hermano.

Que se tomara tan bien la noticia de que Ismael era su padre, la verdad es que me hizo de lo más feliz. Sentí terror por si tenía una mala reacción, pero, al conocer a Ismael de esos días que habíamos ido pasando con él, le tenía muchísimo cariño.

—¿Crees que le gustará a mi hermanito? —preguntó, acercándose a mí.

Estaba tomándome un café en la mesa del salón, la cogí en brazos y la senté en mi regazo.

—Seguro que sí, ya verás.

—Y, ¿si no le gusto? Yo quiero llevarme bien con Iker.

—Claro que le vas a gustar, y seguro que os llevaréis bien.

—¿Cómo será? —Frunció los labios.

—¿Físicamente? Pues imagino que se parecerá a tu papá.

—¿Yo me parezco a él?

—No —reí—, tú eres igualita que yo, cariño, pero tienes sus mismos ojos.

—¿Iker los tendrá verdes también?

—Tal vez, pero hasta que no lo veamos...

—Seguro que es muy guapo, papi lo es —ahí estaba esa sonrisilla mientras se tapaba la boca.

—Sí, es muy guapo.

—Me quiere mucho, a que sí.

—Mucho no —frunció el ceño y puso cara de enfadada—, te quiere muchísimo, cariño.

—Yo a él... hasta el infinito.

—Y más allá —reí—. Anda que...

—Gracias, mami.

—¿Por qué, hija?

—Por encontrar de nuevo a mi papá —me abrazó y yo sentí que se me saltaban las lágrimas.

En ese momento sonó el telefonillo y ahí que fue ella corriendo, se subió a la silla que había

colocado sin que yo me diera cuenta y apretó el botón.

—¿Quién es? —preguntó.

—Hola, ¿vive ahí la niña más guapa de la ciudad? —escuché a Ismael, y es que eso era lo bueno de mi telefonillo, que se escuchaba en altavoz.

—Depende —contestó tapándose la boca, mientras reía y me miraba.

—Y, ¿de qué depende?

—De quién pregunte.

—Soy Ismael, su papá, y vengo con su hermanito que quiere conocerla.

—¿Cómo se llama la niña más guapa de la ciudad? —había que joderse, lo que preguntaba mi niña.

—Se llama Alba, y es la mejor sorpresa que me dio la vida.

—¡Sube, papi! —gritó, y acto seguido abrió—. ¡Ya vienen, mami! ¡Ya suben! —gritaba, bajándose de la silla.

—Cariño, tranquila que te va a dar un mareo —reí, cogiéndola en brazos.

—Estoy nerviosa, mami —me abrazó—. Dame una copa de esas que os tomáis los tíos y tú.

—Hija, eres muy joven para esas cosas —reí.

Sonó el timbre y la dejé en el suelo para que fuera a abrir la puerta.

—Hola, princesita —Ismael, se agachó para cogerla en brazos.

—¡Papi! —Lo abrazó fuerte mientras él, me miraba y sonreía.

—Vamos dentro. Ven, Iker —Ismael extendió la mano y ahí vi una manita agarrarse a él, pero no vi al niño.

Sin duda, tenía esa vergüenza y timidez del principio, pues estaba escondido tras las piernas de su padre.

Llegamos al salón y, después de dejar a Alba en el suelo, Ismael se giró para poner a su hijo delante de él.

—Chicas, este es mi hijo Iker. Campeón, ellas son tu hermana Alba y Jaca, su mamá.

—Hola —dijo él, tímidamente.

Era igual que Ismael, salvo por el color de ojos, que eran marrones, imaginaba que como los de su madre.

—Hola, Iker —me agaché delante de él—. ¿Qué tal el viaje, cariño?

—Bien —sonrió—. Mi mamá me ha dicho que te dé esto, Alba.

Iker le tendió una bolsa a mi hija y ella la cogió de lo más emocionada. Se sentó en el sofá a ver qué era y empezó a gritar toda emocionada.

—¡Me muero! Mira, mami, ¡qué bonito!

Sacó un vestidito en tono morado pastel con topitos blancos que era una monería. Siguió cogiendo las cosas y había unas sandalias blancas con una flor morada, vamos que le mandó un conjunto de lo más coqueto a mi niña.

También había algunas pulseras y horquillas para el pelo.

—Me gusta todo, Iker, muchas gracias —se puso en pie y le dio un abrazo a su hermano, que hizo que se me saltaran las lágrimas.

—¿Te apetece un Cola Cao, Iker? —pregunté, y él asintió—. Pues os lo voy preparando. Alba, vamos a la cocina, cariño.

—Voy, mami. Papi, Iker, venid con nosotras —mi hija les cogió la mano a los dos y los llevó a la cocina.

Ismael los sentó en la encimera mientras yo sacaba todo para prepararlo, y mi hija empezó a

hablar con su hermano.

—Iker, ¿es verdad que vives en un sitio donde se habla inglés?

—Sí, con mi mamá y los abuelos.

—¿Y siempre hablas en inglés? —preguntó ella, cogiendo el tarro de galletas para ofrecerle a su hermano y que cogiera una.

—No, mi mamá en casa me habla mucho en español, para cuando veo a mi papá.

—También es mi papá —rio ella—. ¿Te gusta tener una hermanita?

—No lo sé, nunca he tenido una —contestó él.

—Pues ahora la tienes, hijo, y para siempre —dijo Ismael.

—Aquí tenéis vuestro Cola Cao, chicos —le di un vaso a cada uno y empezaron a tomarlo.

A Ismael le puse un café y le veía de lo más feliz, ahora mismo estaba en su salsa con sus dos hijos delante.

Hice unos sándwiches para el camino y en cuanto los niños terminaron su Cola Cao, cogimos las maletas y salimos de casa.

—Parecen mellizos —me dijo Ismael, una vez estaban los dos pequeños sentados en las sillitas de su coche, me cogió por las caderas y me besó.

—Se llevan poco tiempo, la verdad —reí.

—No sabes lo feliz que me siento ahora mismo.

—Lo imagino —le acaricié la mejilla.

Subimos al coche y lo primero que hizo fue poner esas canciones infantiles que empezamos a cantar los cuatro.

Yo iba mirando a los dos pequeñajos cada poco tiempo, riendo con ellos y vigilando que fueran tranquilos.

—¡Ay! —gritó Alba.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunté.

—Iker me ha tirado de la trenza.

—Bueno, pero ha sido jugando, ¿verdad, hijo? —dijo Ismael.

—Papi, me ha llamado tonta —hizo un puchero.

—Iker, ¿es eso cierto?

—No, papá. Alba es una mentirosa —frunció el ceño.

—Esto no ha sido buena idea —murmuré.

—Vamos a parar en esa gasolinera a comernos los sándwiches, ¿vale?

Y eso hizo Ismael, parar en la gasolinera para que bajáramos a estirar las piernas.

Mientras él iba a la tienda por unos refrescos fresquitos, yo me quedé con los niños en el coche, bueno, en un apartado que tenían con mesas a modo de merendero.

—Qué rico está —dijo Iker, al dar el primer bocado.

—¿Te gusta, cariño? —pregunté y él asintió.

—¿No has comido nunca Nocilla? —se interesó Alba.

—No. Mi mamá no me deja comer chocolate.

—No serás alérgico, ¿verdad?

—No, Jaca, no tengo alergia.

—Vale.

—Ya estoy aquí —anunció Ismael, con los refrescos en alto.

—Papi, la mamá de Iker no le deja comer chocolate.

—¿Lo has probado?

—Sí, la Nocilla que ha puesto Jaca en los sándwiches. Está rico.

—No pasa nada porque lo comas, hijo. Luego se lo diré a tu madre.

—Esto... si me dejas, se lo digo yo —dije.

—Claro, apunta su teléfono y le escribes.

Y eso hice. No tardó en contestarme diciendo que no había problema, que era solo que como vivían con los padres de ella, apenas comían dulces porque su padre era diabético y, en cuando viera dulce en casa, se lo comería.

La verdad es que me pareció una mujer de lo más maja.

Continuamos con el viaje y los niños seguían detrás, liándola a ratos. Vamos, que tan pronto se morían de risa juntos, como se tiraban los trastos a la cabeza.

Llegamos al hotel de Huelva en el que nos quedaríamos esos días, y la hora de hacer el registro fue un no parar.

—¡Alba, ven aquí! —grité al ver que iba corriendo a la fuente que había en el hall, y es que como me descuidara...—¡¡Alba!!!

Sí, dentro de la fuente acabó mi niña toda empapada de agua.

—Hija, ¿qué has hecho?

—Se ha tropezado —dijo Iker, con un apuro que, para qué.

—Mami, me he dado el primer baño del verano —empezó a reírse y yo con ella, claro, no era para menos.

Cuando Ismael tenía las llaves, vino con las maletas y las bolsas y al ver a la niña, rio como nosotros.

—Que se quería bañar la primera, ¿qué te parece? —dije.

—Me parece que no nos vamos a aburrir en estos días —contestó.

Subimos a la habitación y era súper amplia, con una cama de matrimonio y dos pequeñas.

—A ver, cuando reservaste el hotel, ni siquiera sabías que estaríamos juntos —murmuré—, podías haber pedido dos habitaciones, digo yo.

—No, estos días eran para conquistarte, pero al final no hizo falta —me abrazó.

—Mami, papi, ¿bajamos a la playa?

—Sí hija, vamos a ponernos los bañadores y nos vamos, que luego comemos en un chiringuito.

—¡Bien! Yo quiero paella. Iker, ¿te gusta la paella?

—Sí, mucho —sonrió.

—Pues paella para todos. Venga, a cambiarse, chicos.

Ismael buscó en la maleta del pequeño el bañador, mientras yo me encargaba de nuestra hija.

Qué bien me sonaban esas dos palabras, nuestra hija.

Ojalá pudieran haber sido esas mismas las que hubiéramos dicho en estos años desde que supe que esperaba una niña, pero no pudo ser.

Bajamos a la playa que parecía que íbamos a cambiarnos de hotel, entre las bolsas con las toallas, la de ropa para los niños y dos cubos con sus respectivas palas que les compró Ismael.

Nos colocamos en un sitio cerca del chiringuito donde comeríamos después, Ismael fue a reservar una mesa y yo cogí a los dos niños de la mano para ir a darnos un bañito.

—¡Os pillé! —gritó Ismael, acercándose por detrás, dándome un susto que por poco me muero.

—Hijo, no hagas eso que me da un infarto y te quedas viudo —reí.

—Viudo... —Se quedó pensando mientras me miraba.

—Capaz eres de querer quedarte a mi niña para ti solo.

—Nunca haría eso, igual que no le voy a quitar a mi ex a su hijo, pero a ti, te quiero todita para

mí.

—Oye, oye, que me tienes que repartir con nuestra hija.

—Nuestros hijos.

—Eso sí que no, no voy a ocupar el lugar de la madre de Iker.

—No me refería a él, aunque puedes ser su segunda madre. Yo hablaba de nuestros hijos, Alba y los que vengan.

—¡Ah, no! Ya te dije que vas sobrado con la niña, así que...

—Ya veremos —me dio un mordisquito en el labio y escuché a mi hija reírse.

—Se han besado —murmuró, en el oído de su hermano, que reía como ella.

Pasamos el día en la playa, al siguiente ya iríamos a la piscina y demás.

En cuando llegamos a la habitación, bañamos a los niños y los acostamos, estaban rendidos, no era para menos, pues habían estado de un lado a otro, y además con tantas emociones.

—No ha ido tan mal, ¿verdad? —me preguntó Ismael, abrazándome en la cama.

—No, parece que se van a llevar bien.

—Me alegro, la verdad.

—Y yo también. Buenas noches, doctor —lo besé.

—De buenas noches, nada, señorita.

Empecé a reír, procurando no despertar a los niños, y acabé dejándome llevar por ese hombre al que tanto amaba.

Capítulo 18



Los días de vacaciones en el hotel fueron un no parar, entre la playa, la piscina y las zonas de juegos que había para ellos, aquello tenía a los dos pequeñajos derrotados por completo al llegar la noche.

Y nosotros que aprovechábamos para descansar un poco, y lo que no era descansar, pues ese hombre se había empeñado en poner en práctica lo de hacer más hijos.

—Ismael, que al final voy a coger complejo de fábrica de coches, hijo —reí mientras andaba jugueteando por debajo de las sábanas.

—Mira, pues, si tenemos otra niña, la llamamos Mercedes, y si es niño... —se quedó callado unos minutos, asomó la cabeza y vi que tenía el ceño fruncido—. ¿Qué marcas de coche hay que tengan nombre de varón?

—¡Y yo qué sé! Anda, sal de ahí —reí de nuevo.

—¡Lo tengo! Aston, lo llamaremos Aston.

—¿Aston?

—Sí, como el famoso coche que lleva James Bond, un Aston Martin.

—¡Tócate las narices! A la niña muy castiza, y al niño inglés.

—En honor a su hermano mayor —sonrió.

—Que tiene nombre español, mi niño.

—Eso me gusta —trepó por encima de mí hasta quedar con sus labios sobre los míos y besarme.

—¿El qué?

—Lo de tu niño. Que trates a mi hijo como si también fuera tuyo.

—Ismael, ya te dije que jamás ocuparía el puesto de su madre, pero no soy la malvada madrastra de Cenicienta, voy a querer a tu hijo tanto como a nuestra hija.

Volvió a besarme y, como no podía ser de otra manera, acabamos jugando a los médicos.

—¡Mami, papi, hora de levantarse! —Ahí estaba mi hija, dando saltos en nuestra cama como si de una cama elástica se tratara.

—Por Dios, con qué energía te levantas, hija —me incorporé y vi a Iker parado a los pies de la cama—. ¿Tú no saltas también, cariño?

—No quería que os enfadarais.

—¿Enfadarnos? Hijo, tu hermana no hay mañana que no se levante así. Ven aquí, anda —Ismael estiró los brazos y el pequeño sonrió para subirse en la cama.

Era para verlos a los dos, cogidos de las manos, saltando y riendo.

—¿Y dices que quieres más de estos? —pregunté, fingiendo estar asustada.

—Claro que sí, los que vengan.

—Madre mía, me voy a poner un DIU sin que te enteres —reí.

—Me enteraría igual, soy médico, puedo tener acceso a tu historia clínica.

—Hala, pues ya no voy a poder ni guardar ese secreto para mí.

—No más secretos, Jaca, ni mentiras, o medias verdades. ¿De acuerdo? —me cogió la barbilla, asentí y me dio un beso.

En ese momento sonó su teléfono, lo cogió y me dijo que era su madre.

Unos días antes me dijo que había hablado con su madre por teléfono y le había contado todo, ella y su padre sabían de mi existencia, pero, igual que él, desconocían lo de la niña.

—Buenos días, mamá —la saludó—. Sí, aquí está el terremoto de tu nieto, espera, que te hago videollamada, lo ves y así conoces a tu nieta.

Me puse nerviosa, me entraron los sudores y quise salir corriendo de la cama, pero Ismael lo evitó.

—¡Eh! ¿Dónde crees que vas tú?

—Al baño a esconderme, a mí que no me vea tu madre.

—¡Vaya qué no! Te van a ver los dos, que mi madre ya está avisando a mi padre para que se deje ver también.

—Ismael, no me hagas esto, por favor.

—Venga, que no pasa nada —me besó le frente—. Chicos, venid con nosotros.

—¿Qué pasa, papi?

—Que vas a conocer a tus abuelos, hija.

—¡Qué! ¡Ay, me muero! Y yo con estos pelos de saltar. Mami, péiname, corre.

Ismael soltó una carcajada al ver a nuestra hija bajarse corriendo de la cama para ir a coger su cepillo y que le peinara la melena. Dramática y coqueta, así era mi niña.

—¿Estamos listos? —preguntó Ismael cuando Alba se sentó encima de mis piernas, tal y como Iker estaba con él.

—Venga, llama papi.

—Ahora mismo, hija.

Eso empezó a sonar mientras en la pantalla del teléfono veíamos la cara de Ismael y de Iker, hasta que apareció la de su madre.

Una mujer de unos sesenta y pocos años, con los mismos ojos verdes que Ismael, y una sonrisa de lo más entrañable.

—¡Hola, abuela! —gritó Iker.

—Hola, mi niño. ¿Qué tal lo estás pasando?

—Muy bien, con papá, mi hermana y Jaca.

—Me alegro, cariño. ¿Te gusta tener una hermanita?

—Sí, jugamos mucho. Hemos estado haciendo castillos de arena en la playa.

—¿Qué bien! A ver si nos manda tu padre una foto de esos castillos.

—Eso está hecho, mamá. ¿Cómo estáis?

—Bien, bien. ¿Y tú? Feliz te veo, así que pocas dudas tengo de cómo estarás.

—Muy feliz mamá.

—Hijo, os he despertado, si quieres llamar en otro momento...

Esa mujer ya me caía bien, seguro que estaba pensando en la vergüenza que estaría yo pasando en ese momento, en el que tendría que enfrentarme a conocer a mis suegros así, recién levantada y con la cara sin lavar.

—Tranquila, que mis chicas están preciosas recién levantadas —le hizo un guiño y ella se rio.

Entonces me pasó el brazo por los hombros, pegándome más a él, y la niña se acurrucó al lado

de su hermano.

—¡Ay, por favor! Pero ¡qué guapa es mi nieta! Hola, cariño.

—Hola —contestó mi hija con una sonrisa.

—Así que tú eres Alba. Yo soy tu abuela Carmina. Y, este de aquí —movió el teléfono y apareció un hombre en el que pude ver a Ismael cuando tuviera treinta años más— es tu abuelo Jesús.

—Hola, abuelo. Te pareces un montón a mi papi, pero más... —mi niña se quedó callada y es que bien sabía yo que iba a decir más viejo, pero al final calculó mejor— mayor.

—No cariño, soy viejo, dilo que no me enfado. Y tú eres preciosa, igual que tu mamá, que se está escondiendo por ahí detrás. Jaca, deja que te veamos, mujer.

—Hola. Encantada de conocerlos, aunque... menudas pintas llevo.

—Bien guapa nuestra nuera —dijo Carmina—. Cuando volváis de vacaciones, os venís un día a comer, que quiero darles dos besos y un achuchón a mis nietos, ¿eh?

—Sí, mamá, tranquila.

Seguimos hablando un rato con ellos y, la verdad, es que eran dos personas de lo más encantadoras. Se reían con las cosas que les contaba mi hija igual que con las de Iker, desde luego que eran dos pedazos de abuelos que a mi niña le iban a venir de maravilla.

Mi madre siempre sería como una segunda madre para Alba, pero sabía que, con Carmina, no le iba a faltar ni el amor ni el cariño que solo una abuela puede dar.

Estábamos en el chiringuito comiendo cuando recibí un mensaje de Cloe y otro de Jorge, preguntando qué tal todo, les dije que genial, que había conocido a mis suegros por videollamada y se mostraron de lo más felices.

Los niños no dejaban de hacer trastadas, nos ponían a prueba, de eso estaba segura, pero además es que entre ellos se lo pasaban pipa. La gente que los veía pensaba que eran mellizos, y claro, ahí que fue mi niña diciendo que sí, que lo eran, pero que cada uno había salido de la barriguita de una madre distinta.

Esa noche pedimos la cena en la habitación, disfrutando de esas vistas y escuchando el sonido del mar.

—Los niños ya se han dormido —dijo Ismael, dándome un beso en la mejilla cuando volvió.

—No veas la energía que tienen. Aguantar el ritmo de Alba me mataba, pero ahora con los dos...

—Bueno, todo es acostumbrarse. Ven —me pidió tendiéndome la mano cuando se sentó en su silla.

La cogí y me llevó a su regazo, empezó a besarme mientras me acariciaba la pierna y yo acabé jugueteando con los dedos entrelazados en su cabello.

—¿Sabes? Me alegro de que aquella mañana fuera yo quien estaba de guardia.

—¿Cuándo? —pregunté, extrañada.

—El sábado que volví a verte —mordisqueó mi labio.

—Calla, qué susto me di. Lo pasé fatal con la niña ardiendo de fiebre. Pobre mía, ni abrir los ojitos podía.

—Lo sé, a mí me pasó una vez con Iker, casi me muero.

—Menos mal que era un resfriado.

—Quería hablar contigo, preciosa, y, qué mejor momento que este.

—¿Qué pasa? No me asustes, que la última vez que me dijiste “tenemos que hablar”, acabé marchándome con el corazón roto y una hija sin padre.

—Eso no volverá a pasar, si aceptas lo que te voy a pedir.

—Miedo me das. Hasta temblores tengo, mira —levanté la mano y el rio mientras la cogía para besarla. Tenía tal tembleque en la mano, que estaba en ese momento como para ir a robar panderetas, vamos.

—Sabes que te quiero, que siempre lo he hecho, y que adoro a nuestra hija. Me he perdido cuatro años de su vida, y no quiero perderme ni un solo día más.

—Ismael, que me cago de miedo. ¿Qué quieres decirme?

—Para empezar, que vivamos juntos. Ya he pasado unos días con vosotras, ahora quiero que os instaléis conmigo.

—Huy, no sé, es muy pronto.

—Pues si con esa me dices que es pronto, con lo que viene...

—Me va a dar algo —me abaniqué con la mano, estaba de lo más nerviosa, las cosas como son.

—Cásate conmigo, Jaca.

—¿Cómo dices?

—Que te cases conmigo, preciosa. Quiero que seamos marido y mujer, que la niña lleve mi apellido también. Quiero esa familia que debimos tener desde el principio.

—Ay, ay, que me estoy mareando —me agarré a su hombro mientras me llevaba la mano a la cabeza, no podía ser que me estuviera pidiendo eso en serio—. A ver, que me parece que esto se te ha ido de las manos.

—No —rio—, no se me ha ido de las manos, te lo estoy diciendo en serio, de verdad que sí. Quiero que seas mi mujer, ya lo siento así, pero quiero sea real. Sé que es una locura, no lo digas, pero, ¿no es de eso de lo que se trata la vida muchas veces? ¿De cometer locuras? Cuando te conocí, pensaba que no volvería a enamorarme nunca más como lo había hecho de mi ex, pero, te torciste el tobillo justo delante de mí, aquello debía ser una señal pues esa noche estaba siendo una mierda para mí.

—En serio, te has vuelto loco.

—Loco por ti, mi amor. Hagámoslo, cometamos la mayor de las locuras, casémonos, pero antes de que acabe el verano.

—¡Ay, Dios! —Me llevé ambas manos a la cara y empecé a llorar.

¿En serio eso estaba pasando? ¿Me estaba pidiendo matrimonio? Debía estar soñando, seguro que era eso, que me había quedado dormida en la terraza.

—Jaca, siempre supe que eras la mujer de mi vida, ahora eres la madre de mi hija y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Mira —me quitó las manos de la cara y vi que tenía un precioso anillo frente a mí—, no es una broma, preciosa. Dime que aceptas y me harás el hombre más feliz del mundo.

—¡Sí! Por Dios, Ismael, claro que acepto. Te amo, te amo desde siempre.

Me puso el anillo y nos besamos, se levantó conmigo en brazos y me llevó a la cama, donde no dejó de amarme ni un solo momento.

Capítulo 19



Dos meses después...

—Mami, ¡qué guapa estás!

—Gracias, mi niña —abracé a Alba y me la comí a besos.

—Sí que vas guapa, Jaca, pareces una princesa.

—Iker, muchas gracias, cariño.

Me abrazó y, cuando escuché las palabras que me susurró, me quedé a cuadros.

—Mi papá dice que eres su princesa, y yo quiero la mía también.

Se me saltaron hasta las lágrimas, pero intenté no llorar porque buena era Cloe, si veía que me brillaban los ojos, rápido venía con un pañuelo para secarme.

—Y tú, ¿serás mi príncipe? Porque tu papá es mi rey.

—Sí —otro abrazo, y ahí sí que no pude más.

—¡El maquillaje! —gritó Cloe—. De verdad, no puedo contigo, ¿eh?

—Anda, loca, trae el pañuelo.

Se lo quité de la mano y me sequé los ojos despacio, solo faltaba que se me estropeará el maquillaje.

—Hija, estás preciosa. Cuando te vea Ismael...

—Gracias, mamá.

—¿Dónde está la novia más guapa del mundo? —preguntó Jorge, entrando en la habitación.

—Aquí la tienes, tito Jorge —dijo mi hija, que se lanzó a sus brazos.

—Sí que va guapa, sí. ¡Hola, campeón! Choca —extendió la mano abierta frente a Iker que, sonriendo, la chocó con él.

Lo bueno que tenían mis amigos, y mi madre, es que habían aceptado a Iker como a uno más de la familia. Lo trataban con el mismo cariño que a mi hija, si le daban a ella algo de dinero para la hucha, a él también, llevaban chuches para los dos y algún que otro regalito, la verdad es que no le faltaba nada tampoco a él.

Ya vivíamos en casa de Ismael, la niña y yo, nos instalamos nada más regresar de las vacaciones, poco a poco, eso sí, y lo alquilamos enseguida con la ayuda de un amigo de Jorge, amueblado y todo, así que con ese dinero se iba pagando lo que tenía de hipoteca.

En ese tiempo nos informamos para poder casarnos lo antes posible, debía ser por el juzgado ya que él lo hacía de segundas y como la primera fue por la iglesia, pues en esta ocasión no podía.

Menos mal que conseguimos que nos lo tramitaran todo rápido, que Ismael decía que, si no lo hacíamos, igual me arrepentía y no me casaba. Pobre inocente, si supiera que me habría casado esa misma noche que me lo pidió de haber podido...

Y, entre medias, buscando un vestido para mí, que no me iba a casar en chándal, claro estaba.

Fui a varias tiendas, hasta que finalmente encontré el que quería.

De gasa, con el corpiño de encaje, sin magas y un lazo a modo de cinturón que caía por la parte de la falda.

Me habían hecho un recogido de trenzas despeinadas que adornaron con unas florecitas, dejando algunos mechones sueltos a los lados de la cara. Maquillaje en tonos marrones y lista para ir a encontrarme con mi futuro marido.

—Vamos, que te espera papi, mami —dijo Alba, cogiéndome la mano.

—Voy, hija, voy. Qué prisas tienes, ¿eh?

—Es que no quiero que se vaya sin casarse, mira que si le perdemos otros cuatro años...

—No quiera Dios, hija —dijo mi madre, riendo.

—Venga, que estamos listos.

Mi madre y los niños irían en el coche de Cloe hasta el juzgado, donde estaban Ismael y sus padres esperándonos.

Íbamos a ser poquitos, pero estaríamos con nuestra familia y eso nos bastaba.

Subí al coche de Jorge, que había decorado con lazos blancos y flores, y respiré hondo.

—Tranquila, que no se ha ido, está esperándote impaciente.

—¿Seguro? Mira que si se va...

—¿Estás loca? —preguntó poniendo el coche en marcha para ir detrás de Cloe.

—No, cagada de miedo. Ya me dejó una vez, Jorge.

—Porque no le contaste que estabas embarazada, a ver, ¿no te dijo que de haberlo sabido se habría ido contigo?

—Sí, pero yo no se lo habría permitido, tenía otro hijo en camino que no merecía crecer sin su padre.

—Ah, claro, y, ¿la tuya sí? Mira, preciosa, tanto Iker como Alba necesitaban a su padre, se las habría ingeniado para estar siempre para los dos, ha estado para Iker, yendo a Londres o trayendo al niño aquí. ¿Qué crees que habría sido diferente con ese niño? Se estaba divorciando, y si intentó que su matrimonio volviera a ser el de antes, fue sencillamente porque no le dijiste que esperabas un hijo suyo.

—Ahora es diferente, si no está esperando en el juzgado, me muero.

En ese momento sonó el móvil de Jorge, llevaba el manos libres del coche así que no pude ver quién le llamaba.

—¿Sí? —preguntó al descolgar.

—Dime que traes a mi mujer de camino, o me da infarto —resonó la voz de Ismael en el coche y, la verdad, se le notaba angustiado.

—Pues... no la encuentro —contestó, llevándose un dedo a los labios para que no dijera nada, lo miré sorprendida y negué mientras me aguantaba la risa.

—¿Qué dices? No me jodas, Jorge. ¿Dónde estás? Ven a buscarme, tío, que voy contigo.

—No sé ni dónde estoy, he cogido el coche y voy por las calles buscando un policía. ¿Dónde puede haber ido?

—Joder, joder. Esto no puede estar pasando. ¿Sabía que venía mi ex a la boda?

Y ahí me quedé muerta. ¿Estefanía estaba en el juzgado? ¿Por qué nadie me había dicho nada?

Jorge me miró y yo me encogí de hombros, así que empezó a improvisar.

—No lo creo, ¿no? De todos modos, ¿no se llevaban bien? Creo que hacen videollamadas con el niño a menudo.

—Eso creía yo, joder, no me lo puedo creer. ¿Se ha arrepentido? Jorge, por Dios encuéntrala, no puedo perderla por segunda vez. ¿Dónde está la niña?

—Se ha quedado con Rosa, Iker también está con ella.

—Voy a llamar a Cloe, tiene que saber algo.

—¡No! —gritó Jorge, antes de que Ismael colgara—. No la llames, que también la está buscando, ella sabrá dónde porque no me ha dicho nada.

—Mierda, se ha arrepentido.

—¡Qué va! Igual solo necesitaba que le diera el aire.

—Jorge, no me jodas, ¿el aire, en serio? Por Dios, para eso se sale a la terraza del piso de su madre y listo, pero, ¿desaparecer? No aguanto más, me voy a buscarla.

—Ni se te ocurra. Tú quédate ahí que lo mismo aparece antes de que la encuentre.

—¿Y quién la lleva del brazo? ¿Mi hijo?

—Mira, no es mala idea —Jorge me miró y yo sonreí, negando, porque eso sería la guinda, vamos.

—En serio, tengo que encontrarla. Me estoy mareando. ¿Cuáles son los síntomas del infarto?

—¿Me lo estás preguntando a mí, Ismael? El médico eres tú, no yo.

—Pensaba en voz alta, idiota.

—Vale, gilipollas.

—Joder, encima me insultas.

—Has empezado tú.

Así eran ellos, se habían caído genial en cuanto pasaron un par de días juntos, y es que ambos decían que el otro era ese hermano que nunca tuvo.

Jorge seguía hablando con mi futuro marido mientras conducía y, cuando estábamos a punto de llegar al juzgado, me hizo un guiño.

—¡La he encontrado! —gritó.

—¿Dónde está? ¿Está bien? Por Dios, dime que está bien. ¿Cuánto tardas en llegar aquí? ¿Está bien? Joder, Jorge, contesta de una puta vez.

—Pero, ¡si no me dejas! Está bien, sí, tranquilo. Y llegar pues... —se quedó callado.

—¿Cuánto? Madre mía, me da un infarto y solo tengo cuarenta años.

—Ismael, ¿estás dentro del juzgado o en la calle?

—En la calle. Qué querías, ¿que pusiera a mis padres nerviosos al saber que mi mujer no aparecía?

—Hazme un favor, mira hacia la entrada de la calle.

—¿Para qué? ¿Qué pasa?

—¿Quieres mirar, hombre?

—Voy, pero no entiendo... —En ese momento Jorge giró con el coche por la calle del juzgado y ahí estaba Ismael—. ¡Hijo de tu...! ¡Serás cabrón! ¿Cómo me has hecho esto, tío? Por Dios. Jaca, ¿se lo has permitido?

—Yo no podía hacer nada, mi amor. Pero, ¿de verdad creías que me iba a fugar, en plan princesa que no quiere casarse con el hombre que le han escogido?

—¿Perdona? —gritó Jorge— Pero si estabas igual que él, pensando que no iba a estar esperándote en el juzgado.

—Preciosa, te perdí una vez y no pensaba volver a perderte. ¿Cómo no iba a estar yo aquí? Si casi me da un infarto por culpa de tu amigo.

—Anda, doctorcito, vaya usted para dentro a esperar a su novia.

—Jorge, esta me la pagas, ¿eh? Que lo sepas.

—Sí, sí, una ración de pescadito te llevo mañana a casa. Anda, tira para dentro, guapetón.

Reí y vi a Ismael entrar al juzgado mientras negaba.

—La madre que te parió, que casi me dejás viuda antes de tiempo —reí.

—Oye, es médico, se salvaría seguro así mismo, con tal de casarse contigo.

—Estás loco.

—Venga, que como no entres, sale a buscarte y te lleva como si fueras un saco de patatas.

—Lo que me faltaba.

—Te quiero mucho, Jaca, y me encanta verte así de feliz.

—Yo también, Jorge —lo abracé.

—Que te acompañe Iker de la mano, que sé que le va a hacer ilusión a tu marido.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Créeme que, para un padre, o una madre, lo más importante cuando tiene una nueva pareja es que sus hijos lo acepten. Hazme caso, que ese niño va a disfrutar acompañándote.

Salimos del coche y vimos aparecer a mi madre y Cloe con los niños, les contamos lo de la llamada y las dos estaban dobladas de la risa.

—Hala, venga hija, para dentro con Jorge, que nosotras vamos entrando.

—En realidad... —Me agaché y le cogí la mano a Iker— Quería saber si te gustaría acompañarme a entrar ahí, de la mano.

—¿Yo? —Se señaló con el dedo, y asentí—. Pero, te iba a acompañar Jorge.

—Pues quiero que lo hagas tú, que seas tú quien me acompañe hasta tu papá. ¿Qué me dices?

—Sí —sonrió y me cogió de la mano.

Mi madre ya estaba llorando, Cloe también se emocionó y Jorge cogió a Alba de la mano mientras me hacía un guiño.

Y ahí que fui, de la mano del hijo del hombre al que amaba, a darle el “sí quiero”.

Ese hombre que fue mi primer amor, el que nunca olvidé y que llegó de manera inesperada.

Cuando entré en la sala y vi a Ismael, con su traje, la pajarita y esos ojos que me robaron el corazón una vez, no puede evitar que se me saltaran las lágrimas.

Dicen que hay trenes que solo pasan una vez en la vida y que tienes que cogerlos o te arrepentirás. El mío era este, volvió a pasar por segunda vez delante de mí y me subí en él.

¿Era una locura casarnos tan pronto? Posiblemente, pero la vida sin un poco de locura, no tendría sentido.

Epílogo



Quince años habían pasado desde que nos dimos el “sí quiero” ante todas las personas que nos importaban en nuestras vidas.

Nuestros hijos tenían ya diecinueve años, tanto Iker como Alba, yo había cumplido los cuarenta y cinco e Ismael diez más que yo, pero estaba estupendo, al igual que yo, nos habíamos cuidado mucho esos años y nos encantaba hacer deporte juntos.

Éramos completamente felices, no tuvimos más hijos, ni siquiera Estefanía, la ex mujer de él los tuvo, por cierto, me llevaba genial con ella y jamás hubo ni un más ni un menos, todo lo contrario.

Cuando los niños fueron creciendo fue algo increíble, tanto mi hija como Iker pasaban la mitad del verano en Londres y la otra mitad aquí y es que Estefanía tenía a mi hija como un tesoro, la adoraba y luchaba porque siempre estuviera muy unida a su hermano.

Ahora iban a estudiar juntos la carrera de derecho en Londres, sí, mi hija había decidido que la quería cursar allí con su hermano y, por supuesto, no íbamos a ser nosotros quién le quitáramos la idea, además, sabíamos que contábamos con el apoyo de Estefanía, que nos llamó mil veces para convencernos y así fue como nuestra hija se fue a vivir mientras estudiaba a casa de ellos.

Estefanía había rehecho su vida hacía unos años con Frank, una gran persona y profesional, era un pintor muy reconocido de aquel país y hasta a nivel mundial, un hombre que la cuidaba y amaba como se merecía y es que esa mujer era un trocito de pan, no podía tener mejor madre Iker, ese que, por cierto, a mí me llamaba madrecita, lo mismo que mi hija a Estefanía, vaya para de loquillos que no podían vivir el uno sin el otro.

Ismael en todos aquellos años no había perdido el más mínimo encanto con el que un día me enamoró y reconquistó, como él decía, pero a mí me tuvo enamorada desde el primer día que mis ojos se cruzaron con los suyos, esa era la realidad.

Todos esos años habíamos estado pegados como lapas, nos costaba un mundo hasta separarnos un rato en los que no estábamos trabajando y es que como él decía, hasta para tomar el aire no había mejor compañía que la mía.

No habíamos perdido tampoco esos instintos que nos llevaba a cada momento a perdernos en esas sábanas que tantos jadeos, risas y emociones guardaban con el paso de los años.

Esos detalles cada aniversario, cada día de los enamorados, cada día que no había nada que celebrar, cada momento que conseguía hacer especial, todo eso era lo que me seguía teniendo, suspirando y rendida a sus pies, atrapada a ese corazón que me demostró que sí que me amaba con todas sus fuerzas y que era la única mujer que habitaba en su corazón, a parte de nuestra hija.

Mi vida a su lado había sido un camino de rosas, casi sin espinas, no tenía ni un reproche hacia él, todo lo contrario.

Mi madre vivía tan sana y feliz, con su amiga Paca, que estaba todo el día pendiente a nosotros y a sus nietos, así veía también a Iker con todas las de la ley, sus niños eran su mayor tesoro.

La familia de Ismael me adoraba, me tenía en un pedestal, me querían de verdad y de corazón y es que veían que yo era ese motivo por el que él, era completamente feliz.

Y todo eso era nuestra vida, los niños que eran nuestro mayor orgullo y nuestro amor, ese que se reducía a una frase...

“Nunca te dejé de amar”